



# MEMORIAS VIVAS DE NUESTRO BARRIO

PROYECTO CONCURSO  
RELATOS BARRIALES 2020



ZT-PVN&S



# **MEMORIAS VIVAS DE NUESTRO BARRIO**

**PROYECTO CONCURSO  
RELATOS BARRIALES 2020**

# Zona Típica PV Norte&Sur

## *“Memorias vivas de nuestro barrio”*

Registro de propiedad intelectual N° 2021-A-11009

I.S.B.N. N° 978-956-09740-0-6

Edición: Adrián Torres Canales y Jaime Ferrer Mir

Diseño de portada: Camila Villarroel Robles

Diagramación: Natalia Cerda Lagos

Primera edición: noviembre de 2021

Derechos reservados.

Realizado el depósito legal correspondiente.

Este libro es el fruto de un Concurso Literario ideado y organizado por la directiva de la organización Zona Típica PV Norte&Sur<sup>1</sup>, que convocó en el mes de mayo de 2020 a todos los residentes del barrio Vivaceta-Los Nidos de la comuna de Independencia. Los relatos contenidos en este libro corresponden a todos los textos recibidos por el Jurado integrado por: Pamela Readí Vallejos, directora del liceo San Francisco de Quito; Dante Figueroa Abarca, encargado de Patrimonio, de la Corporación de Cultura y Patrimonio de la Comuna de Independencia; Ana Guede Contreras, Coordinadora de Intervención Técnica y Educación Fundación Abrazarte y María Soledad Rafide Cuadra, experta en educación y escritora.

De acuerdo a las bases del concurso (N°13) “La sola participación en el concurso implicará la aceptación de estas bases y otorga el derecho exclusivo, gratuito, sin límite temporal ni territorial a los organizadores, para que, sin fines de lucro, ejerzan todos los derechos señalados en el art. 18 de la Ley N° 17.336, y, especialmente, puedan editar, publicar, distribuir, traducir, transformar, adaptar y reproducir en cualquier medio las obras participantes.”

Los autores de estos relatos han manifestado su voluntad de ceder ampliamente sus derechos de autoría para la presente edición y publicación.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, electrónico, químico, óptico, de grabación o fotocopia, sin el permiso expreso y por escrito de los editores y de la Organización Zona Típica PV Norte&Sur.

Impreso en Chile, 1.000 ejemplares  
por caligrafiazul@gmail.com

---

<sup>1</sup> Adrián Torres Canales, presidente; Camila Villarroel Robles, secretaria; Francisca Vergara Godoy, tesorera; Marcela Gálvez Castro, 1era directora y Álvaro Torres Gálvez, 2do director.

## PRÓLOGO

El patrimonio cultural de las sociedades, no son solo los bienes materiales, sino también la construcción social que de ella hacen las comunidades a partir del reconocimiento que históricamente estas le asignan o reconocen.

Es una forma de construir y preservar un vínculo simbólico entre los integrantes de una sociedad, de una comuna o de un barrio mediante el reconocimiento de imágenes, (usos, tradiciones que son parte de su herencia). Esto se expresa en la identidad, memoria e historia de una comunidad. Allí, estas representaciones culturales que son parte de la historia se expresan en la vida de cada uno de los habitantes de dicha comunidad y cómo esta aporta desde su propia individualidad con objetos, recuerdos y la participación de vecinos ilustres que dieron vida a un barrio. En tal sentido, los monumentos, plazas, teatros, iglesias, no solo poseen un valor en sí mismos por su materialidad o estética, sino que son parte del encuentro de la comunidad y recogen los relatos de los abuelos y abuelas y cómo esta herencia se transmite de generación en generación.

En definitiva, el patrimonio se constituye en el campo de construcción por parte de las comunidades de su identidad y la memoria, y por ello, es que debe estar al resguardo de quienes reconocen su importancia.

Como miembros de Zonatípica PV Norte&Sur, se nos convocó para integrar el jurado del Concurso de “*Relatos de historias y vivencias de mi barrio en una plana*” llevado a cabo entre el 11 de mayo y 20 de julio 2020, año que nos mantuvo en una larga cuarentena y encierro por la pandemia más grande que la humanidad ha debido enfrentar.

Relatos relacionados con la vida cotidiana urbana, que trajo a la memoria colectiva de sus vecinos y vecinas, lo que hoy se plasma en esta recopilación de los textos, y que da vida a este libro, rescatando historias del barrio limitado desde Los Nidos a Hipódromo Chile y de Independencia a Fermín Vivaceta.

Aquí un viaje por los setenta relatos que participaron: inéditos, originales, creativos, conmovedores y tremendamente vivenciales desde el rescate del barrio como un tesoro vivo. Más allá de la experiencia literaria o una pluma versada; más allá de la forma, más allá de los tipos de textos, más allá del premio, más allá de las edades ¡todos fueron bienvenidos!

Este libro recoge un cúmulo de remembranzas, anécdotas, reflexiones, poesía, de vecinos y vecinas, de hijos e hijas, de nietos y nietas con historias comunes, recordando los lugares íconos como la Casa de Lily, los días de piscina de la cancha, los malones en la Plaza Fidel Muñoz, la capilla de la Medalla Milagrosa, paseos por calles, entre muchos, lugares que aunque el desarrollo inmobiliario y urbano contemporáneo quiere hacer desaparecer, las palabras y recuerdos expresados son la voz de lucha por su resguardo y defensa.

Los relatos son una práctica que probablemente haya estado junto a los seres humanos desde el comienzo de la historia. En esa ficción “imaginamos un grupo de personas alrededor de una fogata reunirse a contar cuentos”, plantea Lucas Bucci, guionista y doctor en filosofía por la Universidad de Buenos Aires.

Es más, parafraseando a Hannah Arendt en “De la historia a la acción”, es la imaginación la que nos permite observar lo que va ocurriendo a nuestro alrededor en conjunto con el entorno que nos alberga y poner aquello que está demasiado cerca a una distancia prudencial para lograr comprenderlo y

cerrar la brecha que nos separa de aquello que está demasiado lejos para verlo como si fuera algo más familiar y cercano.

Hacer comunidad, conocernos, colaborarnos, protegernos, vivir unidos, son acciones tan necesarias en el hoy, cuando el afán individualista prevalece.

Este compilado es uno más de los logros de un arduo trabajo comunitario que nuestra organización ha estado desarrollando para obtener la Declaratoria según la figura de la Ley 17.288 del Consejo de Monumentos Nacionales, aplicable a una Zona Típica, siendo este Concurso literario una de las tantas acciones que avalan la necesidad de proteger, preservar y relevar todos los valores humanos, urbanísticos, históricos y arquitectónicos de este hermoso rincón de la comuna de Independencia.

(Anita Guede C / Dante Figueroa)



## **ACTA N° 2 DE SELECCIÓN PREMIADOS**

Concurso Literario “Relatos de historias y vivencias de mi barrio en una plana”

En Santiago, a 25 de agosto del 2020 en reunión por Zoom fijada a las 18.00 horas, el jurado abajo individualizado acordó otorgar los siguientes premios, reconocidos por su título y pseudónimo de su autor:

<b>LUGAR</b>	<b>AUTOR (PSEUDÓNIMO)</b>	<b>TÍTULO OBRA</b>
Primer lugar	Nütramkafe	“La calle más linda”
Segundo lugar	Chechito	“Cuatro amigos, dos bicicletas”
Tercer lugar	Cafiola Amazona	“El día en que nació mi padre”

<b>Premios Menciones Especiales</b>		
Mención Talento Infantil	Anto	“Celebraciones en el barrio”
Mención Talento Joven	Kamil Vele	“La carreta roja de mi Tata” y “Elogio al barrio”
Mención Talento Mayor	Nano	“El día en que perdimos la inocencia”

En dicha reunión, y de acuerdo a la abundancia de relatos originales, creativos y tremendamente vivenciales desde el rescate del patrimonio del barrio como historia viva, solicitamos considerar las siguientes Menciones Honrosas como un reconocimiento a sus autores:

<b>Pseudónimo</b>	<b>Título</b>
Luna	"La curtiembre"
Laury's	"Historias de La Central"
El Toneja	"La casa de Lily"
Cubo azul	"De bazar a librería"
Patoruzzo	"Vivaceta 1226"
Chela	"Cuando ser una princesa valió la pena"
Hugazo61	"Los almacenes"

El jurado que firma ratifica su elección de los premiados, menciones especiales y menciones en su totalidad.

Soledad Rafide Cuadra  
Pamela Readí Vallejos  
Dante Figueroa Abarca  
Anita Guede Contreras

## **CUANDO LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO**

(AGueny)

Corrían los años sesenta: el mundial del 62, edad promedio 8 años, aun no éramos cautivos de la televisión, ya que entonces esa tecnología era un lujo en los hogares, por lo que nuestra relación con el mundo la constituía solo el barrio, en un vínculo que se construía tomando de la calle, día a día, una aventura distinta. Algunas se convertían en rutinas, en lugares favoritos donde, con agrado, podíamos pasar parte del día. Fuera de esas rutinas, la curiosidad natural nos empujaba a explorar nuevos territorios donde descubrir o conquistar nuevas relaciones y aventuras. El barrio no tenía límites.

Recuerdo haber vivido una aventura muy singular para nuestra edad. En el barrio había un colegio enorme, con una cancha de fútbol incluida. El cuidador del colegio y su familia vivían ahí, y uno de los hijos, Gerardo, era parte de nuestro grupo de amigos del barrio, lo que nos brindaba la oportunidad, durante los fines de semana, de disfrutar de la cancha, *pichangeando* a nuestras anchas. Como el patio de la casa de otro de los amigos, colindaba con esta cancha, también teníamos acceso a ella a través de la muralla durante la tarde-noche. En mi barrio, precisamente en el cuadrante formado por las calles Vivaceta, Bezanilla, Escanilla y Carrión; por esta última, se ingresaba a un recinto de Carabineros que, además de ser comisaría, funcionaba como unidad de entrenamiento y talleres de mantenimiento de vehículos policiales. Un sector de estas instalaciones colindaba también con nuestra cancha de fútbol, por lo que esta se transformó en un puente entre el recinto policial y el patio de la casa de mi amigo. De este modo, algunos días de la semana y de forma no programada, cruzábamos la cancha para

ingresar sigilosamente, amparados en la oscuridad de la noche, a las instalaciones policiales. Nuestras ansias de aventura y nuestra infantil imaginación, nos llevaban a recorrer su interior como hábiles espías, creyendo que nadie, incluido el personal de guardia que custodiaba las instalaciones, se percataba de nuestra presencia. Imaginábamos, muy inocentemente, que instalábamos bombas, atacábamos guardias, y transitábamos por sectores vedados. Por lo habitual que se había transformado para nosotros esa aventura, suponíamos que no éramos advertidos por los guardias, y así presenciábamos sus rutinas y actividades profesionales. Para nosotros, el solo hecho de permanecer ocultos sin ser descubiertos, era emocionante y adrenalínico, dos elementos infaltables en toda aventura.

## **CELEBRACIONES EN EL BARRIO**

(Anto)

Desde muy chiquita, a veces iba a ver las casas que decoran por Navidad. Ahora ya es casi una tradición y voy con mi familia todos los años. Vamos caminando hacia plaza Central, donde está la mayor cantidad de casas decoradas. Todos los años hay casas muy bien decoradas, con nieve falsa, guirnaldas, árboles de navidad y renos de luces. También hay casas que adornan con duendes y figuritas navideñas que bailan al compás de villancicos. Pero la casa más especial de todas es la que tiene el Viejito Pascuero cada año.

Cuando la noche de Navidad, salíamos a ver las casas decoradas, nos encontrábamos con todos los niños del barrio con su carita llena de ilusiones, buscando al Viejito Pascuero. Luego, al regresar a casa, abríamos nuestros regalos.

Otra fecha que es muy entretenida en el barrio es *Halloween*. Después de decorar nuestra casa con calabazas, telarañas y murciélagos, con mi mamá y mi papá nos ponemos los disfraces e iniciamos el recorrido para pedir dulces por el barrio. Todos los años llevo una calabaza de tela para guardar la gran cantidad de dulces que nos dan los vecinos. Nuestro recorrido empieza por las casas que están decoradas, porque así sabemos que hay dulces para los niños que van disfrazados. También pasamos por los negocios que hay en el barrio cuyos dueños a veces los decoran y nos regalan dulces. El viaje continúa por calle Inglaterra, Ahí hay una casa que nunca decoran para *Halloween*, pero si una sabe qué timbre tocar, sale un abuelito que te regala una bolsa con deliciosos dulces y galletas.

Una festividad muy importante que celebramos en familia en el barrio, es el Año Nuevo. Nosotros vamos a la casa de mi mami (mi bisabuela), donde se junta toda la familia para cenar y esperar las 12. Después de darnos el abrazo a la medianoche, salimos todos juntos a la calle a mirar los fuegos artificiales, donde nos encontramos con los vecinos y todos nos saludamos diciendo “¡feliz Año Nuevo, vecino!”

## *EL DÍA EN QUE NACIÓ MI PADRE* *(Cafiola Amazona)*

En medio del gobierno de González Videla y un mes previo a la popular “Revolución de la Chaucha”, Guillermina despertaba en el segundo piso de su casa con dolores de abdomen y de espalda. Culminaban los nueve meses gestacionales del que, sin saber, se convertiría en su hijo menor.

Guillermina Cáceres, una mujer de piernas robustas y que hablaba en refranes, era proveniente de un pequeño pueblo de la región del Maule llamado Nirivilo y había contraído matrimonio con Gustavo Meza, un molinense inspector de pavimentación durante 1932 en la ciudad de Talca, Misma ciudad en la que se habían conocido mientras estudiaban, misma ciudad en que las cuatro estaciones los vieron pololear en la confitería “Palet”.

Guillermina y Gustavo habían llegado en 1941 a una de las pequeñas casas de la Población Vivaceta Sur, por medio del hermano de Gustavo, Samuel Meza González, un reconocido abogado de la época. Tenían cinco hijos: Enrique, el líder; Gladys, tierna y esforzada; Lilian, discreta y letrada; Douglas, alegre y afectuoso; y María, dedicada y explosiva.

Esa mañana, luego de dar desayuno a sus “piguchenes”, como los llamaba ella, Guillermina, con suspiros y profundos dolores en su cuerpo parturiente, llamó a su hijo mayor, y le dijo:

—Necesito que vayas a buscar a la partera, “la mujer” que vive cerca de la Iglesia Santa Teresita.

Enrique agarró vuelo, cruzando la gran avenida Vivaceta, con sus ojos atentos a cada automóvil, y tomó rumbo por la calle Padre Las Casas hasta llegar a Bruselas, pero “la mujer” no se encontraba.

—No está, debe de andar por Coronel Alvarado —le comentó alguna vecina.

Corrió rápidamente en dirección norte, con las manos frías y su torso transpirando. Cruzó Chillán y Altamirano hasta llegar a Coronel Alvarado. Pero “la mujer” no apareció por ningún lado.

Enrique volvió con el rabo entre las piernas, triste de no encontrar a “la mujer” y con el temor al reto de su madre. Esperó a que una de sus hermanas le abriera la puerta, entró a la casa y dio pasos silenciosos hacia el segundo piso para que no sonara el parque. Al ingresar al cuarto, vio a su madre que yacía con el pequeño niño envuelto entre sus brazos. Los ojitos pequeños del recién nacido miraban los pequeños destellos de sol invernal que se colaban por la ventana. Con voz temblorosa y alegre, Guillermina le dijo a Enrique:

—Se llamará Francisco Camilo.

***RAÍCES INSERTADAS***  
*(Chavy Chase)*

Aun sabiendo que mis años en el barrio no fueron muchos,  
siento que fueron esenciales  
para una formación agradecida.

Borgoño,  
Maruri,  
y Avenida Inglaterra  
fueron mis estaciones de paradas.  
Con sus alegrías y pormenores...,  
tal cual es la vida.

Colegio O'Higgins en Santos Dumont,  
frente al J.J. Aguirre,  
aquel hospital  
donde mis visitas eran seguidas.

Mi Avenida Independencia,  
Camino del Inca,  
Corredor de Libertadores.

Iglesia La Estampa,  
antigua,  
llena de historias y enseñanzas familiares.  
Panaderías,  
Botillerías,  
Zapaterías,  
Boticas,  
Almacenes,  
Quioscos  
y la Matadero Palma.

“Esencia de mi gente,  
Que allí está todavía...  
Raíces por siempre”.

## ***LAS FRUTILLAS DE PAPÁ*** *(Chechita)*

Otra tarde de domingo. 15:00 horas. Terminé mis quehaceres y desde la ventana miro la calle. Solitaria, silenciosa, un poco gris, quietecita como si se ocultara de un enemigo que la acecha en cada esquina, en cada árbol, en cada vereda y... lo más triste, en cada vecino.

El prolongado encierro ha mermado mi creatividad y pienso en algo para enfrentar este atardecer. Una voz me saca del momento. Es mi esposo que me invita a un cafecito, un cafecito que siempre viene acompañado de galletitas y una rica conversa. Y vienen las palabras, generalmente recuerdos.

De repente, y como si se iluminara mi interior, me veo sentada en una micro recorrido Ovalle Negrete, tipo 16:00 hs, por Independencia y hacia Mapocho, acompañada de mi papá. Y le digo: “¿Sabes de qué me acordé?”

Y le cuento...

Tendría yo unos 22 años, y con mis papás y tres hermanos vivíamos en una casita arrendada en Independencia 1559 casi esquina Inglaterra; ahí estaba también el taller de confección de cortinas que había sido por años la fuente de nuestros ingresos familiares.

Era domingo, media tarde. Como hoy. Mis padres trabajaban de lunes a domingo y entre telas, tijeras, y el sonido de dos máquinas de coser, escuchaban tangos en una radio de esas de tubos, una RCA Víctor. Y también noticias. Una de esas noticias era el resultado semanal del sorteo de la Polla Chilena

de Beneficencia. Mi papá, como era su costumbre, compraba dos vigésimos todas las semanas y siempre estaba atento al resultado. También estaba habituado a romper los boletos y esperar otra semana para jugar a ser millonario. Era linda su carita de esperanza cuando en la radio empezaban a leer los números premiados.

Revivo con emoción verlo saltar de alegría y con lágrimas en los ojos gritando:

—¡Le achunté, vieja! ¡Le achunté! ¡Nos premió la Diosa Fortuna! ¡Hay que celebrar!

Saltábamos y nos abrazábamos. Fuimos felices.

En su euforia me invitó a comprar frutillas para hacer un ponche y celebrar. ¡Un ponche! ¡Qué simple, qué sencillo! No necesitábamos más. Como en el barrio estaba todo cerrado, nos fuimos a Mapocho en la micro. Al regreso, celebramos con el más rico ponche que he tomado en mi vida.

No recuerdo el monto del premio, pero fue suficiente para conseguir su gran sueño: la casa propia. La más linda y en su barrio de siempre: calle Inglaterra entre Independencia y Maruri.

## ***REFLEXIONES DE CUARENTENA*** *(Chechita)*

Jamás imaginé que nuestras vidas cambiarían tanto. Si alguien me hubiera dicho que estaríamos solos por tanto tiempo, y que nos acostumbraríamos a eso, no lo hubiese creído jamás.

Mi esposo y yo, una pareja de adultos mayores con 40 años de matrimonio, acostumbrábamos a planificarlo todo. Mantenernos aun laboralmente activos nos permitía desplazarnos a diario a nuestro lugar de trabajo y volver a casa para cenar juntos. Así de lunes a viernes. Nuestro panorama de los sábados consistía en hacer compras para la semana, una pasadita al *mall*, un cafecito con torta entremedio, y de vuelta en casa una rica siesta o una buena película. Los domingos, habitualmente se programaba algún almuerzo familiar.

De repente. como si despertáramos de un sueño, nos encontramos con un día a día muy particular. La pandemia vino a cambiarlo todo. A interrumpirlo todo. A modificarlo todo. ¡Por Dios que fue difícil al principio! Marzo se llenó de noticias, de estadísticas, de colapsos asistenciales, de problemas sociales; estaba pasando algo grave.

Habitualmente vivimos como si tuviésemos el control de nuestra vida; sin embargo, esta crisis sanitaria vino a poner todo patas arriba, sin saber cuánto durará, solo viviendo el HOY.

Y nos llenamos de ansiedad, de angustia, de miedo a enfermarse, y más aun a contagiarse; una tremenda incertidumbre en lo laboral por tener que enfrentar el teletrabajo. Pero lo más triste fue darnos cuenta de que el aislamiento social nos separaría quizás por cuánto tiempo de nuestros seres más queridos. Un *stress* constante.

Y aquí estamos con mi viejo: solitos nuevamente, como cuando nos casamos. 24/7 como en nuestra luna de miel, pero ahora con más años, harto camino recorrido, muy trabajados y más cansados.

Nos levantamos día a día, buscando en esa capacidad que tenemos las personas para superar las adversidades, un proyecto que oliera a futuro. Que, aunque fuera lejano, pareciera un ahora, y decidimos que este “evento en nuestras vidas” marcaría un antes y un después.

Dejamos abrir el mundo que tenemos al interior, y hemos enfrentado cara a cara, con valentía y mucha fe, nuestras fortalezas y debilidades, nuestros logros y fracasos, nuestros amores y desamores, nuestra templanza y nuestros miedos.

Así, con el corazón abierto, el espíritu tranquilo y lleno de una luz de esperanza, decidimos que nuestra tarea en cuarentena será seguir diseñando juntos, enamorados como siempre, la forma en que queremos vivir los años que nos quedan.

## ***CUATRO AMIGOS, DOS BICICLETAS*** *(Chechito)*

Cuatro amigos en dos bicicletas, recorriendo desde Negrete por Vivaceta hacia el sur, pedaleando detrás de las micros 19 y 20, echando carreras por llegar al “barrio elegante”.

Dos amigos pedaleando y dos de pasajeros de pie sobre la parrilla trasera de nuestras bicicletas CIC recién regaladas en la Navidad pasada. Los más osados y taquilleros les poníamos patines a las ruedas traseras para parecer más temerarios.

Para nosotros el barrio elegante era Nueva de Matte con sus hermosas plazas verdes muy bien cuidadas, áreas que por lo demás escaseaban en nuestros barrios de origen. Casas bien tenidas, pareadas y, lo más bello, con antejardín; no como las de nosotros, que cuando abríamos la puerta ya estábamos en la calle.

Corrían los años 70 y cuatro amigos alucinábamos con “Roky I” en el cine “Libertad”, esplendoroso, gigantesco para nuestros ojos de niños. Era toda una odisea viajar en la 20 pidiendo permiso al chofer, ya que con el ahorro del pasaje nos alcanzaba para comprar golosinas (guagüitas, pastillas polo-leo, calugones, etc).

Era maravilloso acercarse a las rejas del Hipódromo y ver cómo corrían los caballos que desde afuera parecían volar por la pista de tierra. Los jinetes lucían coloridas camisas y sus corceles, un brillante pelaje que el viento se encargaba de hacer bailar por la pista de carreras.

La Plaza Chacabuco era nuestra parada obligada para refrescarnos y capear el calor debajo de sus palmeras que parecían

un oasis donde los viajeros infantiles podíamos recuperarnos para iniciar nuestra travesía de regreso. Era curioso ver una bomba de bencina a un costado de la plaza, bomba que al parecer abastecía a gran parte de la población norte de Santiago.

La tarde se asoma y los pedaleros recorren las afueras del estadio Santa Laura, magnífico, colorido y bullicioso. Poco a poco vamos dejando atrás el barrio elegante y nos vamos rumbo a nuestras casas a pasos de la Municipalidad de Conchalí.

Comuna con casas grandes y espaciosas donde los patios eran el lugar apetecido para narrar las aventuras vividas a la sombra de un parrón, tomándonos un ulpo para renovar las fuerzas y con la sensación de haber disfrutado con los amigos otra tarde de aventuras.

Trascurrieron cuatro décadas y el destino me trajo al barrio del cual soy vecino desde hace 15 años. Los amigos quedaron atrás; no obstante los recuerdos de las vacaciones interminables quedaron grabados por siempre en nuestros recuerdos de infancia.

**CUANDO SER UNA PRINCESA  
VALIÓ LA PENA**  
*(Chela)*

El mes de septiembre siempre tuvo un encanto. Se respiraba un clima que anticipaba la primavera, las Fiestas Patrias traían ropa nueva, fondas, juegos y la llegada de los volantines y mágicos circos.

Aquel septiembre con 8 años, mi madre me dio permiso para ir a jugar a la plaza Fidel Muñoz, acompañada de mi vecina e inseparable amiga Patricia. Contentas fuimos a jugar, pero antes quisimos pasar a comprar unos dulces al almacén de don Daniel. Ninguna se imaginó lo que sucedería unos minutos después. De regreso, sentíamos personas que gritaban y aplaudían. Con curiosidad, corrimos hacia Nueva de Matte, lugar de donde provenía el ruido. Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando vimos gran cantidad de vecinos, niños y jóvenes alrededor de algo que nuestros ojos no podían creer: un enorme elefante caminaba por las calles de nuestro barrio. Era el principal atractivo del circo instalado en la calle Chillán, Nos asombraron sus grandes orejas y majestuosa trompa, avanzando majestuosamente y guiado con gran habilidad por su amo. Arriba venía un niño que también era parte del circo. Los rostros de impacto de los niños eran conmovedores. Todos se querían subir.

Mi amiga Paty me apretó la mano de nervios cuando el elefante se detuvo a descansar justo frente a nosotras entre las calles Freirina y Escanilla, para lo cual el conductor del elefante le hizo doblar sus patas delanteras. En ese momento, el niño se bajó y luego de unos minutos, el guía preguntó si alguien

se atrevía a subir para dar un paseo. Inconscientemente levanté mi mano y brazos gentiles me ayudaron a subir. Con gran agilidad, trepé por su enorme cabeza y me senté detrás de ella. Desde abajo, mi amiga me miraba asustada sin poder creer que fuera yo la que estaba arriba del elefante.

Desde esa altura, la vista era impresionante, El recorrido comenzó por Escanilla hasta llegar a Central. Yo me sentía cual princesa árabe, a pesar de que me dolían las piernas porque sentía el roce de una piel gruesa, áspera y unos largos pelos. Ya llegando de regreso a Los Nidos, tomé conciencia de que mis padres me iban a retar porque me había ido lejos y con desconocidos; más encima arriba de un elefante. De regreso a mi casa con mi amiga, mi mamá me esperaba indignada, pues ya sabía que había paseado por toda la población arriba de un elefante. Sin duda que el reto y el castigo los merecía, pero valió la pena.

## *UNA PLAZA MÁGICA*

*(Conita)*

Todas las mañanas, cuando abro mis ojos, lo primero que veo es el destello de luz desde la Plaza Fidel Muñoz y oigo el bello cantar de aquellas aves de plumaje verde, como también el maullido de los gatos sobre mi techo, mientras vuelan las plumas de sus presas a través del viento. Luego pasan las horas y comienzan los llantos y gritos de los niños que juegan en la plaza. Mi hijo mayor toma rápidamente su balde y pala para decirme:

—¡Mamá, quiero ir a jugar con los niños a la plaza!

Si no puedo llevarlo de inmediato, él agarra sus juguetes y se sienta junto al portón a gritar:

—¡¡Niñoooooo!!, ¡¡niñaaaa!!, ¡¡veeen!! ¡¡A jugar, autoooo!!

Después de un momento de estrés, tomo en brazos al bebé y salgo con los dos a la plaza. Allí, por lo general, se comparten experiencias de la vida o cualquier conversación que mate la rutina diaria del encierro. Los niños se divierten y de pronto parece que estuvieran en la playa, por la cantidad de palas y baldes. Las tardes se hacen gratas con tanta vida en la plaza y sin olvidar que las noches envuelven a los jóvenes enamorados donde las risas y conversaciones se escuchan muy de cerca.

## ***DE BAZAR A LIBRERÍA***

*(Kuku)*

Mis papás comenzaron su vida de comerciantes en Nueva de Matte. Un bazar pequeñito que tenía casi tantas cosas como las grandes tiendas actuales. Veinte metros cuadrados, una sola cortina, pero tan lleno que yo no alcanzaba a memorizar todo lo que había. El Bazar “Maite”.

Para la Navidad nunca pudimos cenar en la casa, como el resto de los vecinos, pues cerrábamos a las dos de la mañana. Las vitrinas quedaban vacías. Con mis hermanos nos poníamos afuera del bazar, con una mesita, a vender papel y cintas de regalo. La gente era buena, andaba feliz y los vecinos se turnaban para invitarnos a cenar a sus casas.

Luego “le creció el pelo” al bazar: cambiamos de ubicación y de nombre. En plena Avenida Independencia, abrimos la librería “El Acuario”, con acuario, pececitos y agua.

Yo era chica aun, una escolar en mis últimos años. Trabajaban 12 personas, teníamos fotocopias, imprenta, vidriería, todo lo que a mi papá se le ocurría que la gente necesitaba en el sector.

También había un gato que pasaba echado en el empaque. Un doctor que hacía clases en la universidad, les decía a sus alumnos que eran más flojos que el gato del Acuario.

En el segundo piso de la librería vivimos durante varios años. En ese tiempo, los ratones no eran algo tan común como ahora, así es que con un gato en la familia era más que suficiente para vivir tranquilos.

Conocimos a mucha gente: niños que ahora son papás, estudiantes que se volvieron médicos, médicos que ya no están. Venía gente del hospital a comprar cosas para un hospitalizado: una radio, pantuflas, “un juguete que lo tranquilice”. Historias crudas, historias lindas.

Entonces no existían las cadenas de farmacias; dos locales más allá estaba la farmacia “San Luis”, otro negocio de familia. Uno no tenía que esperar a que la atendieran, pues todavía no existía la adicción por las farmacias.

Unos metros hacia el norte, estaba el kiosko de “la Elba”. Ahí se conseguían todos los chocolates que uno quisiera.

En la misma cuadra estaba el “Para ti”, la única paquetería de Independencia llena de cajoncitos con hilos.

Nosotros dejamos de traer libros, terminamos con la imprenta, no más fotocopias. Afuera todo cambió y entonces adentro había que reducirse.

La típica pregunta que diferentes personas nos hacen, al menos una vez por semana: “Cuántos años tiene El Acuario?”; 47 años.

## *EL BAZAR*

*(Kuku)*

En la segunda cuadra de Nueva de Matte, había un almacén que casi no tenía mercadería. Lo único que vendía a diario era pan. Mi papá siempre fue de “pensarlo y hacerlo”. Un día habló con el dueño, le ofreció comprar el negocio y fueron a la notaría. Todo en un rato. Tan rápido que mi mamá se quedó vendiendo el pan que aun quedaba.

Ese fin de semana recuerdo que casi no vimos a mis papás. Era un negocio chico, pero estaba tan cochino que fue terrible transformarlo. ¡Y lo transformaron!. El lunes ya era el Bazar “Maite”.

Recuerdo que siempre llegué de las primeras al colegio porque a las siete había que abrir el bazar y partíamos toda la familia a esa hora. Se llenaba de mamás comprando materiales y de niños que necesitaban hojas para la prueba, lápices y gomas. A las siete y media era un caos, pero ya a las ocho parecía local en cuarentena: solo mi mamá adentro.

En esos años, 47 años atrás, no existían los *malls* ni los supermercados ni nada que se le pareciera. Un negocio de barrio era el lugar donde los vecinos se abastecían de todo lo que necesitaban en la casa. Y era el lugar donde todos se conocían, se saludaban y compartían algún dato.

Mi mamá tenía un cuaderno azul: el de los fiados. Ahí estaban anotados los nombres de varios vecinos; pedían las mamás, también, a veces, sus hijos antes de entrar a clases, y una vez al mes pasaban a pagar. No era necesario un computador ni un doble registro. Nadie tomaba fotos a la deuda para res-

paldar. Todos confiaban en todos. Salvo una vez que vi a mi mamá muy enojada con una vecina que llevaba mucho tiempo sin pagar y se la encontró en la peluquería, acicalándose. Lo bueno fue que mi mamá recuperó la plata, y la vecina, como si nada, al mes siguió comprando en nuestro bazar.

El bazar tenía una ventana hacia el exterior. Cuando nos íbamos, mi papá la tapaba con un tablón de madera sostenido por unos pernos. Ese era el sistema de seguridad. Nunca nadie intentó siquiera forzarlo.

En Navidad, poníamos una mesita en la vereda y con mis hermanos vendíamos papel y cintas de regalo. El último día, el 24 en la noche, cuando cerrábamos, el bazar quedaba vacío; ni personas ni regalos.

Los mejores años.

## ***EL BICICLETERO*** *(El Toneja)*

Tener bicicleta era una cosa rara. Las únicas eran la del “Guatón Walter”, la de la Fanny, que tenía una de mujer, y la de “Mr. Frazier”, que la usaba para trabajar. El resto de los mortales los mirábamos y soñábamos con el día en que, por obra y gracia de algún milagro, pudiéramos tener una para salir a recorrer montados en tan fantástico vehículo.

Sin embargo, de alguna manera, aprendimos a andar en bicicleta.

Tendríamos 13 años cuando supimos que existía un personaje, detrás del “Libertad”, que arrendaba bicicletas. Eran unas “chanchas” de pedal fijo y sin frenos, en su mayoría solo con el fierro del pedal en condiciones deplorables, pero que eran baratas. Nos juntábamos entre dos para arrendarlas y pasear por el barrio: uno pedaleaba y el otro iba sentado en el fierro o en el manubrio. Se nos ocurrió que así era mejor, porque, llegado el caso, se podía frenar poniendo el pie en la rueda, aunque cuando este personaje se equivocaba y frenaba más fuerte de lo que correspondía, nos sacábamos la cresta.

Al igual que tantos otros, el bicicletero era un personaje especial. Seguramente debe de haber tenido clara conciencia de nuestra condición de niños-jóvenes, más pobres que otra cosa, con ganas de jugar y entretenernos, lo que significaba que media hora se transformara en casi una. Explicábamos nuestras razones del atraso, todas ellas referidas a las malas condiciones de la bicicleta y él alegaba que debíamos pagarle más porque habíamos arrendado solo por media hora, pero siempre llegábamos a un acuerdo, el que normalmente consistía en que

“mañana te pagamos la diferencia” o “nos descuentas los minutos”, cosa que, obviamente, nunca ocurría.

Esas tardes de verano sin bicicleta, habrían sido muy largas. Íbamos en grupos y las parejas nos esperaban a cierta distancia. El bicicletero cuidaba sus “máquinas” y no permitía que nos subiéramos de a dos, aunque nosotros siempre pensamos que lo engañábamos. Éramos tan “giles”.

Hoy, cuando todos tienen bicicleta, pienso que podríamos haber juntado patotas de más de 20 para andar sin peligro en nuestras calles. Pero no veo grupos de niños en bici solo por entretenerse. Además exigen casco, ciclo vía, luces, frenos, cambios, etc. Nuestras bicicletas eran dos ruedas, cadena, manubrio y marco. Los costalazos “pasaban piola”, nada de contar en la casa, porque podían dejarnos sin salir, que era el peor de los castigos.

¿Quedarán hoy bicicleteros en los barrios? No creo, pero el de mi barrio y mi niñez me regaló días felices y caídas memorables.

## ***EL MUNDIAL DEL 62*** *(El Toneja)*

Para el mundial de 1962 yo tenía 7 años, pero todavía recuerdo a mi alrededor la emoción de aquellos que gustaban del fútbol. En mi casa, mi papá, que compró un abono para los partidos de Chile. En todas las radios se oía “El Rock del Mundial”.

Siempre iba con mi papa a ver a la Católica, al Estadio Independencia, al Nacional o al Santa Laura. Cuando llegó el mundial, pensaba que podría ir y colarme como lo hacía cada domingo, pero esto era serio. Los asientos estaban numerados y no se podían usar las escalas como asiento.

La TV transmitiría los partidos de Chile. Pocos tenían televisor, así que de no pasar algo extraordinario, estábamos igual que al principio. Pero ocurrió el milagro. Los viejos del barrio compraron un televisor e invitaron al gimnasio de la “Escuela 18”. Nunca olvidaré esas tardes llegando para ubicarme en alguna de las sillas que conocía, porque eran las de las salas donde yo estudiaba. Cobraban una entrada muy barata, que posiblemente pagaba el televisor que estaba puesto en la parte alta del escenario en la cabecera del gimnasio. Ahí vi la inauguración del mundial y el partido con Italia. Para el de Alemania estaba enfermo. Iba mucha gente, se llenaba, pero nunca se generó ni una discusión ni un problema. Después Chile fue a jugar a Arica y no recuerdo que hayan transmitido ese partido. Mi papá lo escuchó por radio y yo aparecía a ratos para saber qué pasaba.

Después vino el partido con Brasil, el gran favorito. Chile ya había ganado a la URSS y estaba entre los mejores. Ese

día llegamos temprano, Chile se había detenido, porque todos querían ver ese partido. Brasil, aunque había perdido a Pelé, su mejor jugador, tenía “monstruos” como Garrincha, Didi y Zagalo. Chile no contaba con algunos titulares. Perdimos 4-2 pero mi recuerdo y la emoción de haber podido ver ese partido nunca se apagaron. No me acuerdo de nada específico, pero sí de las críticas al arquero Escuti, según las cuales había sido responsable de al menos dos goles. Ya entonces había quienes buscaban responsables donde no los había. Chile estaba entre los mejores pero claro, no era suficiente.

La final fue otra historia. Cuando llegué al gimnasio, estaba lleno. Imposible de entrar, así que tuve que escuchar la radio. Mi papá estaba en el estadio, pero yo había visto “todo” el mundial. ¡Qué me podía importar Colombia con URSS o la eliminación de Argentina y Uruguay!

Todo fue posible gracias a un televisor en blanco y negro de 23 pulgadas y a esos viejos lindos del barrio, que más allá de las críticas, fueron capaces de entender la importancia del mundial para los vecinos, que de otra forma no habríamos tenido ninguna posibilidad de ver este acontecimiento en nuestro país.

## ***LA CASA DE LILY*** *(El Toneja)*

Mis primeros recuerdos de una sala son en la casa de Lily. una casona que para nosotros era lo más parecido a un castillo, donde funcionaba un Kindergarten.

Se accedía por una escala hasta la gran puerta de entrada. Mi sala estaba entrando a mano derecha.

Era grande y posiblemente correspondía al salón de la antigua casa. (Quizás, si fuera hoy, me encontraría con una sala pequeña, pero eso no le quitaría el sentido a mis recuerdos). Enfrente estaba la sala del piano, donde nuestra profesora enseñaba con paciencia infinita los rudimentos de la música.

¿Cuántos niños escuchan hoy, a esa edad, notas prístinas de un instrumento que les muestre la belleza de la música?  
¿Cuántos educadores se darán cuenta de la importancia de estos pequeños detalles en la formación de un niño?

Pero la casa de Lily no era solo interior. Su gran patio era un lugar que llamaba a la aventura. La gran higuera que existía hacia Los Nidos, nos invitaba a subirnos y observar desde las alturas lo que pasaba a nuestro alrededor. Unos años después, ya en nuestra pubertad, aprendimos que había una cancha de *baby*, de tierra, donde jugábamos contra los locales, cuyo nombre no recuerdo. Quizás mi amigo de entonces y hoy ministro de Corte (Ricardo Blanco) podría ayudarme a hacer memoria.

¿Cómo olvidar la tarde en que mataron a Kennedy? Recuerdo que fui a buscar a mi hermana (yo tenía ocho años y ella, cinco) y a la salida de la casa de Lily había varios papás co-

mentando la tragedia. Lo de las edades no es un dato menor, pues indica lo que pasaba en el barrio. Entonces un niño podía ir a buscar a su hermana a unas seis cuadras desde su casa, sin temor de los padres y menos de los niños. Esta seguridad me acompañó hasta grande , porque cuando de noche volvía después de algún “carrete”: el entrar a mi barrio me daba una tranquilidad enorme, porque nada peligroso ocurría ahí.

Mi estadía en esa casa duró poco. Mi abuela paterna decidió enseñarme a leer, cuestión que consiguió rápidamente, como ocurre con cualquier niño que es entrenado a esa edad. De este modo, me transformé en un “problema” para mi profesora, la que a mitad del año le dijo a mi mamá que yo ya estaba para primero.

Tenía 4 años y unos meses.

Hoy la casa de Lily es un asilo de ancianos. Ojalá esos viejos sean tan felices como lo fui yo. Ojalá haya alguien que les toque el piano y que puedan tomar sombra bajo la frondosa higuera.

## ***LA PISCINA DE LA TARDE*** *(El Toneja)*

En la tarde, la piscina era diferente. Se abría a la comunidad y entraba cualquier niño o joven que pagara una entrada muy barata, y el recinto se llenaba totalmente. Los de la mañana íbamos a observar a este mar humano. Era impresionante verlos uno al lado del otro, alrededor y dentro de la piscina. Solo hombres. Nunca supe si a las mujeres no las dejaban entrar o, simplemente, por las condiciones sociales y culturales de ese tiempo, no llegaban.

Nuestro barrio era popular, pero no pobre, salvo excepciones. En los alrededores, sí había pobreza: detrás del cine “Libertad” o caminando por Nueva de Matte. También estaban las poblaciones “callampas” en el entorno del río Mapocho. Para nosotros, no era raro ver a niños “patipelaos”, desnutridos, con “piñén” y otros signos de pobreza. Hace unos días hablaba de esto con un amigo y nos acordamos del “Seiscinco”, Le pusimos este apodo, porque tenía seis dedos en un pie y lo sabíamos porque andaba a “pata pelá”. Todos estos niños pobres llenaban la piscina en la tarde. Los que tenían más plata iban a la piscina del Estadio Santa Laura.

A todos lo cuidaba el “Cojo” Samuel. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba mantener una disciplina para que no se armaran peleas mayores? Esta cantidad de gente no era soportable por la piscina, pequeña y sin filtro, por lo que cada dos días, estaba absolutamente sucia y el agua debía ser cambiada.

Estimo que habría más de 200 personas cada tarde. Todos deben de guardar los recuerdos de esos tiempos en que un grupo de viejos les permitía gozar de una sana entretención que de otra forma habría sido imposible.

La operación limpieza empezaba cuando aún estaban adentro. Recuerdo haberlos visto tratando de disfrutar la piscina con el agua a unos 50 cm. Al final de la tarde, el “Cojo” Samuel con algún ayudante procedían a limpiar la piscina y dejarla operativa para que pudiera ser usada por nosotros al día siguiente.

Cuando un “astuto” alcalde vendió el agua de Santiago y dio una serie de explicaciones de por qué, según él, era un “súper negocio”, no se imaginaba que el funcionamiento de nuestra piscina fue posible porque no se pagaba el agua.

Nuestra piscina cumplió un gran cometido social, pero lo más increíble es que había gente preocupada de que funcionara.

Quizás estas líneas lleguen a alguno de esos niños, hoy viviendo en la vejez, y me puede contar detalles sabrosos de lo que pasaba en la interna de la piscina por la tarde.

## ***NUESTRO BARRIO (JULIO DE 2020)***

*(Geve)*

Después de una larga búsqueda, por fin mis padres encontraron una casa que les agradaba y que estaba al alcance de sus posibilidades. La casa está ubicada en Armando Quezada Acharán 1811 y se convirtió en nuestra casa por largo tiempo. Nos instalamos por el año 1960, aproximadamente. Para nuestra familia todo era nuevo, ya que veníamos de un pueblo en el norte de Chile, llamado Combarbalá, a instalarnos a la capital, igual como unas “Carmelas”.

Cuando llegamos a Armando Quezada en el año 60, las compras eran muy diferentes a lo que son hoy en nuestro barrio, pues no había supermercados o estaban muy alejados de nuestro sector. Se compraban los productos en los negocios del barrio. Estaba “don Daniel”, ubicado en la calle Héctor Bocado. Era un negocio de abarrotes donde uno compraba todo a granel. Para el aceite uno llevaba una botellita y te echaban el aceite por medida 1/8, 1/4, etc. El azúcar se vendía en unos paquetitos que diestramente hacía el mismo don Daniel. También estaba la carnicería de “don Fermín” en la calle Vivaceta, la panadería “La Espiga Dorada”, la “Librería Cooll” donde comprábamos los artículos escolares. También, en Vivaceta con Nueva de Matte, estaba un negocio muy grande o que nosotros, en aquella época, encontrábamos muy grande cuando éramos chicos: “La Chacra”. Todavía existe, Don Rigo era entonces su dueño.

Otra cosa que recuerdo, era que muy pocas casas tenían televisión y el cine era la entretención preferida. Casi todos los barrios tenían un cine o un teatro. Nosotros teníamos el cine “Libertad”, donde daban tres películas seguidas. Entrábamos a las

dos de la tarde y salíamos por la noche. En este cine daban todo tipo de películas: Para Semana Santa, las religiosas, como “El Manto Sagrado”, y el resto del tiempo, todas las demás. Dentro del cine uno se encontraba con los amigos del barrio y los compañeros de colegio, todos disfrutando de entretenidas películas.

En estos casi 60 años que he vivido en el barrio junto a mi familia, he visto llegar y partir los sueños de muchas familias. Hoy acabo de ver pasar el cortejo por la calle Nueva de Matte con Acharán de un conocido médico de nuestro barrio, el doctor Guillermo Voigt. Me cuentan que atendió a sus pacientes hasta que enfermó y al final, la “peste” se lo llevó.

## ***CAMBIANDO DE ESCUELA*** *(Heaven's soul)*

Han pasado los años, pero aun se puede escuchar la voz clara de los estudiantes exigiendo la continuidad de su liceo “Santa Luisa de Marillac”, recinto educacional de renombre, donde niñas y niños recibían una buena educación que cultivaba los valores más nobles del ser humano.

Las Hermanas de la Caridad fueron coaccionadas a abandonar la escuela para continuar con su labor en un lugar más idóneo, de lo que padres, maestros y estudiantes fueron informados casi al finalizar el año escolar. Esto causó una gran turbación en todas las personas que formaban parte de aquel establecimiento.

Tanto adultos como adolescentes se organizaron para hacer una protesta pacífica que reflejara el descontento ante una decisión tan abrupta. Era octubre, lo que hacía difícil conseguir una escuela para tal cantidad de estudiantes, además de los maestros que se quedarían sin trabajo.

La muchedumbre se presentó afuera del edificio con carteles y pancartas, clamando por una solución. “Amamos nuestra escuela” o “¿Dónde estudiaremos ahora?” eran algunas de las consignas que con ahínco gritaban todos los ahí presentes.

Las personas regresaron al lugar varias veces durante aquel mes, con entereza y confiando que aquella afrenta tuviera un buen desenlace.

Un día de fines de noviembre, las autoridades pertinentes informaron que tanto estudiantes como profesores, tendrían una vacante disponible en la escuela D-N 16, ubicada por mismo Huasco, a solo una cuadra.

El alivio inundó las almas de los adultos y llenó de ansiedad a los estudiantes, quienes, llenos de preguntas, aceptaron resignadamente las decisiones de los adultos, sin imaginar que aquella escuela se convertiría en parte de su corazón, llenándoles de vivencias y aventuras que atesorarían por el resto de sus vidas. En los patios y salas de esta nueva escuela, se forjaron vínculos potentes, amistades que lograron traspasar la barrera de los años. Además de cientos de anécdotas que surgirían más adelante en las juntas de reencuentro.

Finalmente, cesaron las manifestaciones. La calma volvió al barrio y los vecinos comentaron los acontecimientos durante largo tiempo.

El liceo despidió por todo lo alto a sus niñas, especialmente a las promociones de cuarto medio de aquel año, confiando en que las futuras generaciones recordarán con orgullo haber pertenecido a una de las comunidades educativas más significativas de aquellos años.

## ***LA MEJOR FIESTA*** *(Heaven's soul)*

Mi mamá me dio permiso para ir a la fiesta. Será en casa de mi mejor amiga y yo solo espero que vaya él, lo que sería maravilloso. Me visto con mis *Teener* rojas, el jeans azul y el peto rojo.

Llego al cumpleaños puntual a las ocho. Mi mamá se despide y me dice que vendrá por mí al día siguiente.

Entro al living, mi amiga me recibe con un abrazo, luego me guía hasta un grupo de varios chiquillos. Converso con ellos, mientras me sirvo un vaso de *Free*. Dan las nueve y comienza el baile, abro el *Miti-miti* de menta, echando un trozo a mi boca.

Suena “Estoy por ti”, de Amistades Peligrosas; uno de los chiquillos me pregunta si quiero bailar, asiento y vamos hasta la pista, donde todos se mueven bajo la luz de las ampollitas pintadas de diferentes colores. Entonces lo veo; mi corazón se salta un par de latidos, pero sigo bailando, sin dejar que nadie note la conmoción que hay en mi interior. Bailo y canto, intentando no mirarlo, pero mis ojos me traicionan y al dar un pequeño vistazo, sus ojos están sobre mí. Bajo la vista sonriendo nerviosa.

Al terminar el tema, le doy las gracias al muchacho y corro al baño para intentar calmarme. Me demoro un poco y al salir, lo veo apoyado contra el muro. ¡Dios, se ve tan guapo!

Se acerca a mí y me dice “¿Quieres salir un rato? Hay algo que quiero decirte”. No sé cómo me las arreglo para seguirlo hasta el antejardín, ya que mis piernas son de gelatina. A través

de la reja, veo la calle Vivaceta, con sus faroles alumbrando. Me siento parte de alguna teleserie, esto parece un sueño. Hablamos de todo y nada por un rato, pero en un momento se queda callado y acercándose más a mí, dice: “¡Qué difícil es encontrarte sola!”; me remuevo inquieta y me deslizo un mechón de cabello tras mi oreja. De pronto, sus labios están sobre los míos. Es un suave toque que detiene mi mundo. Mis brazos van a sus hombros y los suyos están en mi cintura. “Me gustas mucho” dice suave en mi oído. Lo miro a los ojos y respondo: “También me gustas”. Cuando vuelve a besarme, sé que haber venido a esta fiesta, es lo mejor que pudo pasarme en la vida.

## **VAMOS A LA PLAZA** *(Heaven's soul)*

Francisca estaba en cuarto medio. Le faltaban unos cuantos meses para salir al mundo real; no obstante era solo una adolescente, edad en que somos arrojados e imprudentes y creemos que nada ni nadie puede afectarnos. Es por eso que, con algunas amigas habían adoptado la costumbre de juntarse en la plaza Fidel Muñoz al salir de clases.

El grupo estaba compuesto en su mayoría por compañeras del mismo curso, pero un par había tenido la desventura de repetir año, aunque eso no había mermado en nada su amistad y las ganas de Francisca de compartir con ellas, porque claro, su Liceo era solo de niñas.

Cada día cruzaban la calle riendo, mientras se despojaban de la corbata, accesorio del uniforme que, sin duda, delataría el Liceo al que pertenecían. Sin embargo, este hecho tenía su razón de ser, ya que al llegar al parque y luego de sentarse en las bancas o en el pasto, algunas de las chicas encendían un cigarrillo. Obviamente aquella práctica no era bien vista por los adultos, mucho menos por los profesores. El pucho permanecía escondido tras sus cuerpos y las miradas atentas a cualquier persona conocida que les fuera con el chisme a sus respectivos padres. No obstante, para Francisca era el mejor cigarrillo de todo el día, ya que mientras exhalaba el humo con cuidado de no ser vista, compartía con sus amigas.

Los temas de conversación solían ser variados, yendo desde las clases de aquel día, hasta alguna jugosa anécdota que les hubiese ocurrido. La confianza compartida era de las cosas que Francisca más valoraba, ya que algunos años atrás no tuvo

buenas experiencias con sus pares; pero ahora podía jactarse de tener a las mejores amigas.

Si la tertulia se extendía por un largo rato, incluso se atrevían a encender otro cigarrillo. Pero todas debían volver a sus hogares, por lo que pasado un rato se despedían y se dirigían rumbo a casa.

Francisca caminaba sola, ya que ninguna de sus amigas vivía cerca de su dirección. La sonrisa en el rostro era el reflejo de la alegría en su corazón. Cruzaba Independencia despacio, tarareando alguna canción de moda, mientras recordaba lo hablado minutos antes.

Sin duda, compartir ese cigarrillo era uno de los mejores momentos de su día.

## ***BARRIO, AÚN ESTOY AQUÍ*** *(Hugazo61)*

Soy el menor de 5 hermanos de un matrimonio que llegó a vivir en los años 40 a esta que sigue siendo nuestra casa en calle Acharán. Mi padre obrero, desde los 14 hasta los 45 años trabajó en la Compañía Cervecerías Unidas, Planta Ebner, actual *Mall Barrio Independencia*. Mi madre, nacida en el pueblo de Hualañé, también trabajadora en la Planta Ebner. Fue allí donde se conocieron y entablaron la relación que los llevó a su matrimonio.

De mi padre no puedo hablar mucho, porque falleció cuando yo era un niño y solo sé que fue un esforzado y correcto obrero que murió esperando su ascenso a empleado en la fábrica en la que sirvió por más de 30 años.

Por supuesto que a partir de la vida de mi madre y de mis hermanos puedo narrar algunas particularidades de mi cuadra y barrio.

Una de las historias más sabrosas que protagonizó mi madre, debido a su origen campesino, era que ella era la única que sabía matar gallinas, las cuales se criaban en las casas para convertirlas en ricas cazuelas y su reputación recorría toda la calle Acharán, desde Los Nidos hasta Venecia.

A través de mis años de infancia, tuve la posibilidad de vivir experiencias que hasta hoy están presentes, a saber: estudié en la Escuela 18, en la calle Huasco donde encontré un espacio de educación y amistad sin límites, alejado de los prejuicios y costos de la vida moderna. En ese tiempo, a quienes éramos hijos de trabajadores no se nos pasaba por la cabeza que para aprender a leer, a sumar o dividir, debíamos pagar.

La Escuela 18 también albergó a la maravillosa Brigada de Boy Scouts, “Robert Baden Powell”, que durante años fue protagonista y parte importante de muchos de nosotros.

Mi madre quiso siempre que mis hermanas pudieran ingresar al Colegio Santa Luisa de Marillac, pero parece que esa era una aspiración mayor para nuestra familia.

No dejo de añorar aquellos lugares como la cancha de *baby* fútbol de Vivaceta, junto a ella, la piscina, el cine “Libertad, la Plaza Fidel Muñoz Rodríguez, la vuelta del huevo, aunque algo más alejada, la Plaza Chacabuco y su emblemática fuente, tal vez el lugar favorito de mi madre.

## ***BARRIO, MI BARRIO FIN DE UN SUEÑO*** (Hugazo61)

Mis recuerdos felices de la infancia se mezclan con estrecheces económicas. Por supuesto, nunca mis padres permitieron que mis hermanos y yo pasáramos hambre.

Mi vieja solo por intuición estaba convencida de que la “escuela era importante para no ser burros, como yo”, como nos decía cada vez que podía. Creo que ella nunca se dio cuenta de su sabiduría incomparable.

Recuerdo un hecho que cambió definitivamente nuestras vidas. Hasta el 10 de septiembre de 1973, podía comprar un chocolito todos días, me daban en el liceo  $\frac{1}{2}$  litro de leche y tomaba desayuno. No almorzaba, porque mi mamá decía que era para “quienes necesitaban más”.

Cantábamos “Venceremos”, “La Muralla”. “Los Quila” o Víctor Jara nos hacían vibrar con sus emocionantes canciones cuando visitaban el Barros Borgoño, liceo donde yo estudiaba en esa época.

Comprábamos con libreta en el almacén y carnicería del Sr. Solari en la calle Venecia. Mi hermana Berta se rompía el lomo para cumplir sagradamente con el compromiso adquirido todos los meses.

“No hay azúcar”, “No ha llegado el aceite”; “solo Liberty, no hay Hilton”, “el pollo llega el lunes, con tarjeta de la JAP”, eran los mensajes que aparecían en los carteles de cartón que adornaban los negocios.

Faltaban alimentos, pero sobraba literatura. ¿Quién no tuvo en sus manos un libro de “Quimantú”, teatro popular y la mara-

villosa “Cantata Santa María de Iquique”, “El Último Grumete de la Baquedano”, “Hijo de Ladrón”, “Martín Rivas” y tantos otros relatos que nos hacían tener admiración y respeto por nuestros próceres chilenos.

El 11 alguien le dijo a mi mamá que no me mandara al liceo; “parece que “El Chicho” se había muerto y los milicos andan por todas partes”, era lo que se oía...

Ese día, los libros, diarios y revistas se lanzaron a la calle y se quemaron, no vaya ser que nos pillen con “El Clarín” o “El Siglo”.

¡Milagro!: el 13 y 14, aparecieron los alimentos.  
--“Mamá, don Max tiene azúcar, aceite y pollo” --le conté entusiasmado.

Mi madre me observó con algo de escepticismo y me dijo: “Éstrate no *volvai* a salir”.

En calle Acharán, frente a la piscina, vivía el Sr. Julio Benítez, ministro de Vivienda... ¡Sí, un ministro vivía en una población!

Quienes decían que “nos habían salvado del comunismo” (me refiero a los militares), pasaban permanentemente por las calles descargando sus armas frente a la casa del ministro, por lo que nos escondíamos en el baño para protegernos de quienes “nos habían salvado”.

Creo que a partir de ese día, la niñez se empezó a esfumar, los chascones desaparecieron, vecinos de siempre nunca más se vieron.

No puedo seguir. No sé por qué me invade una gran pena...

## **LOS ALMACENES**

*(Hugazo61)*

Los llevaré a recorrer los emporios, mercería, botica, pescadería, fuentes de soda y picadas que tuve la posibilidad de conocer.

En efecto, cuando camino por las calles que he recorrido toda mi vida, se vienen a mi memoria lugares inolvidables. La mercería que estaba en Vivaceta con Nueva de Matte; al frente de la cancha estaba “La Chacra” de la Sra. Anita y don Rigo. Ahí trabajaba don Moncho, que asustaba un poco pero con el tiempo fue haciéndose más cercano. Más al sur, por Vivaceta, la Panadería “La Paloma” que con el olor que desprendían sus hornos invitaba a comer las deliciosas marraquetas calientitas; al lado, el Sr. Coll, un caballero mayor muy distinguido que tenía una librería y bazar surtidísimo.

Atravesando Vivaceta, en la esquina con Héctor Boccardo, “La Botica de la Sra. Tola”. Pastora era su nombre y con una paciencia eterna para atender los requerimientos de los vecinos, Aliviol, Cafrenal, Dominal, Cheracol y tantos menjunjes que nos aliviaban los males.

Siguiendo por Héctor Boccardo, estaba la Peluquería de la Sra. Elsa de donde salían bellas jóvenes a las fiestas de los días sábado; después un lugar maravilloso, la Heladería con esos lindos colores que iban sobre unos barquillos dulces que combinaban perfecto con sabores como bocado, frutilla, vainilla, en general sabores tradicionales, eso sí, con sabores originales.

Antes de la esquina de Acharán, el emporio de don Daniel Beltrán, donde su señora, junto a él vendían hallullas con ají, que eran un manjar después de pasar la mañana completa en la pisci-

na, esa construcción que todavía se mantiene, deteriorada, como mudo testigo de un pasado alegre y que nos permitía capear las altas temperaturas de los veranos sesenteros y setenteros.

En la esquina de Héctor Boccardo con Acharán, “La Ruca”, esa fuente de soda donde los envalentonados jóvenes del barrio aplacaban su sed, después de grandes partidos en que se enfrentaban el “Acharán”, el “Vivaceta”, el “Palermo” y otros, todos ellos confluían ahí, en “La Ruca”. Era el tiempo del “metro de cerveza”, la mesa cuadrada de 1 metro de lado, llena con botellas de Pilsen y botellas de vidrio verde, “la buena” decían los entendidos.

También estaba en Acharán con Nueva de Matte, en la esquina noreste, otro bazar, el de don Pancho, que vendía los primeros volantines de la temporada. Más al norte, “La Picá”, una taberna oscura, atendida por un señor también oscuro, que me asustaba y traté de olvidarlo con el tiempo.

Subiendo por Nueva de Matte, frente a Diana, el “Club Social”, gran establecimiento, con pista de baile, reservados y una cancha de rayuela, era un lugar familiar.

Quiero hacer mención de otro negocio que, aunque fue posterior, también se mantuvo en el tiempo: el de don Max, un gran señor amable y cordial. En los tiempos en que no había alimentos, siempre tenía su cartita bajo la manga para los vecinos.

La carnicería y almacén del Sr. Solari, en Venecia, quien junto a la Sra. Carmen nos vendían con libreta. Con los años, la Sra. Carmen se convirtió, para mí, en la Sra. Margarita. Ya fallecida, entiendo que fue concejala por Independencia.

Y la antigua pescadería de Nueva de Matte con Vivaceta, la carnicería de don Fermín, el bazar de don Ismael...

Estos lugares ya desaparecidos, excepto “La Chacra”, que aún resiste el paso de los años, fueron, sin lugar a dudas, testigos de mucha gente que le dio vida a nuestro barrio.

## ***MI BARRIO LOS GIGANTES*** *(Hugazo61)*

Deporte, cultura, compañerismo, solidaridad, amistad, en definitiva, vida, vida de barrio.

Antes de empezar, no puedo dejar de mencionar grandes construcciones que congregaban a las familias de nuestro y otros sectores: los Estadios Santa Laura e Independencia. El primero se mantiene incólume, pero el segundo desapareció, convirtiéndose en una estación de servicio y un grupo de departamentos aledaños a la Plaza Chacabuco. Recuerdo también el Teatro Valencia, La Gota de Leche, Baños Públicos, para terminar este breve recorrido con el mítico Hipódromo Chile, lugar de encuentro que aun se mantiene firme pese a los años, aunque con más cercanía de edificios que, como antaño, de caballerizas.

El querido cine Libertad, donde las familias pasaban tardes enteras en jornadas de muchas horas. Sándwiches, bebidas, leche y otras vituallas eran el complemento ideal para vibrar con el Llanero Solitario, Flash Gordon, “los coboys” (el inglés, no era tan hablado) y John Wayne, también los mexicanos le daban pelea a los gringos, Pedro Infante, Jorge Negrete, Luis Aguilar. Más adelante los argentinos, españoles e italianos.

Mi vieja me contaba que eran tan populares las tardes de cine, que hasta se vieron algunos braceros encendidos, como también choclos cocidos, mientras las familias disfrutaban de las películas.

Eran tan largas las jornadas que los “cabros chicos” corríamos cuando nuestro aburrimiento llegaba a su límite. Todavía

tengo en mi frente una cicatriz cuando ese brío infantil me hizoirme sobre el borde de un asiento de madera.

La piscina, lugar de encuentro del verano larguísimo que coincidía con la extensas vacaciones estivales de casi 3 meses. Ahora eso sería impensado.

Nosotros, los socios de la Junta de Vecinos, acudíamos a la piscina en la mañana; en la tarde iban niños de otros sectores de Vivaceta o Independencia.

¡Qué manera de pasar rabias esos vecinos voluntarios que nos custodiaban para que no hiciéramos tonteras. Algunas de las frases más escuchadas: “no corras, que te puedes caer”, “¿Se metieron a la ducha antes de entrar a la piscina?”, “a ver, los grandotes no molesten a los chicos” y así, hasta que don Samuel nos sacaba a todos y al otro día lo mismo. Pero los lunes no se abría porque había que cambiar el agua.

La aventura no terminaba si no atravesábamos a donde don Daniel, a comernos la hallulla con ají. No quiero desmarcarme de mis amigos, pero debo decir que yo comía pan solo, porque el ají no me gustaba.

A través de mis años de infancia, tuve la posibilidad de vivir experiencias que hasta hoy están presentes, como el haber estudiado en la “Gran Escuela 18”, un edificio que abarca toda la vereda norte de Los Nidos desde Huasco hasta Maruri. Allí encontré amigos entrañables como Daniel Cabrera, a quien hasta el día de hoy lo veo salir en su taxi, después de limpiarlo con prolijidad. ¿Cómo olvidar ese sonido aterrador de la máquina del dentista o los retos de la Sra. Hilda o el consejo del Profesor Retamal o el implacable Sr. Yañez? Pero lo peor, era que te pillara mal parado la Profe Aurora. Eso era terrible.

Tampoco puedo dejar de mencionar que allí estudiamos hijos de obreros y empleados y, como niños, solo aprendimos y jugamos todos juntos. A esa escuela llegaron niños muy pobres y otros más acomodados, gitanos y todo aquel que podía, ya que el sistema escolar público y de calidad, no discriminaba. Era una política pública.

Como lo mencioné, la Escuela 18 también albergó a la maravillosa Brigada de Boy Scouts, “Robert Baden Powell”, donde muchos niños y jóvenes no solo nos entreteníamos en las tardes de sábado, sino también aprendimos muchos valores que hasta hoy nos sustentan.

## ***NUESTRO BARRIO, UN LUGAR DE FAMILIA***

*(Isi)*

Mi padre llegó a vivir a la casa ubicada en Armando Quezada Acharán 1811, hace aproximadamente 60 años, donde viven actualmente mi abuela y mis tíos. Al parecer, todo era distinto a como es hoy, sobre todo las calles, ya que había muy pocos autos. Mi papá me cuenta que a lo lejos se veía un auto frente al negocio de don Daniel, y este era uno de los pocos autos que había en el sector. Había un cine al frente de la casa llamado “Libertad”, en el cual veía junto a mis tíos hasta tres películas seguidas, pasando toda una tarde en el cine. También me cuenta que había varios negocios de barrio, como una carnicería, una librería y un negocio donde vendían abarrotes y productos a granel. Cada uno tenía que ir con su botellita para comprar 1/4 ó 1/2 litro de aceite, también vendían galletas a granel que las tenían guardadas en tarritos como una escalera.

Yo vivo actualmente en Santiago Centro, pero hasta hace unos meses viví en Armando Quezada Acharán 1817, junto con mis padres, mi hermana, mi sobrina y nuestra perrita “Miyu”, a dos casas de mi abuela, cerca de mis tíos y también de mi primo. Viví en Quezada Acharán desde que nací. Crecí jugando en las calles y yendo a las diferentes plazas con mis vecinos.

Hoy es todo un poco diferente a como lo recuerda mi padre, aunque todavía hay negocios de barrio y vecinos de años. Nos saludamos siempre y perdura esa atmósfera de comunidad y seguridad. Pero también hay cosas que han cambiado. Si bien el edificio del cine “Libertad” todavía se encuentra frente a la plaza, hace años que no funciona.

Ya no existen la librería ni los mismos negocios que antes. Las personas también han ido cambiando. Hay vecinos que dejaron el lugar a nuevas familias que llegaron. Muchos de mis vecinos eran mayores, así que también ellos se han ido.

Espero poder volver algún día a vivir en ese barrio, donde la gente se conoce y se saluda cuando se ve. Añoro vivir cerca de mi familia y de las calles que recorrí en mi niñez.

## ***ELOGIO AL BARRIO DE MI VIDA*** *(Kamil Vele)*

Abrí mis ojos, vi muros colosos. Un mundo extraño, decían ser mi barrio. Hogar que me acogería; familia, vecinos y salidas. Recuerdo de mi infancia: calles, juegos y plazas.

Diana con Nueva de Matte, el vértice que define mi arte. Estoy en el patio, buenos días extraños cercanos. Vecinos les decía, que vivían al lado.

Una mirada, cinco de la tarde, hora de salir a recorrer mi calle. Era tímida, hasta que me conocían, corría y corría por calle Freirina. Plaza Fidel mi punto final; mi abuela reía de tanto verme jugar. Niños, padres, abuelos, la calle era un festival. ¡Qué lindos recuerdos! Que no quiero olvidar.

Pasan los años, la gente comienza a extraviar aquella esencia familiar. Ya nadie se saluda, nadie sale a disfrutar. Me dicen: “¡Creciste!, ya es hora de avanzar”. Yo doy un alto, no puede pasar, y desde mi ventana digo: “¿Dónde están?” Fiestas navideñas en las canchas Los nidos, vecinos conversando en la esquina de Acharán y niños jugando en la plaza de atrás. Tanto nos perdimos, que ya no recordamos, aquellos veranos, que no volverán.

Un nuevo día, en esta avenida. Mi recorrido no cambia, solo un par de murallas frías. Casas continuas es lo que se veía, uno y dos pisos las conformarían. Calles Escanilla, Huasco y Los Nidos son las que conocía; lo que no sabía, lo que escondía, cada historia, entre las paredes de este barrio, que hoy recordaría.

Creo que está volviendo, poco a poco, ese sueño, el cual me hizo aflorar aquella memoria que pretendí olvidar. Vivace-ta sur y norte es un lugar, que me vio crecer, reír y llorar. Hoy soy una profesional, que calle Diana vio explorar, por esto es que hoy día quiero cuidar el espacio que tanto me vio soñar.

Entre ruidos y silencios, los vecinos se comienzan a asomar, ¡vamos a defender lo nuestro!, un oasis que acoge la vida ideal. Es que, saliendo a la calle, todo toma color en este barrio de mi corazón.

## ***LA CARRETA ROJA DE MI TATA*** *(Kamil Vele)*

—¡Tata, más rápido! —le gritábamos con mi hermano, arriba de una carreta roja, por todo el barrio. Calle Diana, era el recorrido sagrado, rumbo a alguna plaza, en pleno verano.

Recuerdo perfectamente, todas las tardes, los paseos en el carro, tan lindo, tan rojo, que mi tata nos había obsequiado. A veces, íbamos a la plaza Fidel, y otras, nos aventurábamos un poco más allá, llegando hasta plaza Central. También no podía faltar la compañía tan singular, de mis perritas fieles, que nos seguían para cualquier lugar. Eso me hizo recordar, como cuando chica me llevaban a pasear, por calles tan lindas como Venecia y Quezada Acharán.

Entre manzanas y veredas, ¡a toda velocidad! creíamos andar, con la carreta roja, en que mi Tata nos llevaba a pasear.

El barrio Vivaceta, era mi hogar donde todas las tardes salía a encontrar un nuevo rumbo para disfrutar. Con mi jardinera y mi par de zapatillas regalonas, abríamos la reja, para así comenzar aquellas salidas de tanto adorar.

Tan simple e importante a la vez, el hecho de apreciar, los recuerdos de un barrio, que vieron a este ser, crecer de una vez. Entre casas, plazas y calles de juegos, ¡qué vivo se sentía observar como todos salían a caminar!

Recuerdo a mis amigos de la plaza Fidel, donde tantas tardes corríamos y veíamos la vida pasar. Entre juegos y árboles, entre risas y caídas, llegaba la hora de terminar aquel momento tan especial.

—¡Vamos a casa! ya es hora de cenar. Un beso nos vemos, hasta otra oportunidad.

Entre relatos y calles, así es, volviendo a recordar, esa época peculiar, como todas las tardes, en la carreta roja de mi tata, el mundo queríamos conquistar.

## ***VIOLETA Y ENRIQUE*** *(Kamil Vele)*

Dos grandes corazones que se unieron sin razones. Ella, una mujer fuerte; él, un hombre de alta disciplina. De belleza como ninguna, peluquera distinguida. De espíritu explorador, un militar indomable sin rendición. De almas distintas, no hay nada que los distinga.

Con grandes sueños, llegaron a un lugar. Algo especial, que les dio una oportunidad, un barrio en Independencia, un espacio ideal. Hogar que vería crear la historia de sus vidas.

Del Mercado Central, años de vida dieron sin cesar, ofreciendo los mejores productos de todo gusto a su paladar.

De humilde esencia, potente presencia. Un matrimonio cálido, amante de la buena mesa.

Todas las tardes, llegaban del mercado, después de tanto y tanto trabajo. Un besito de ellos, remedio santo. Pero algo cambiaría. El destino les prepararía, un nuevo rumbo dentro de esta avenida.

“Violeta y Enrique”, así se llamaría el negocio de sus vidas que tanto dieron su alegría.

Nada los detiene, nada los aniquila, ambos desobedientes, de pura energía. Violeta y Enrique, ellos son mi vida, de corazones puros, de grandes sabidurías.

No hay quien no los adore, son buenos conversadores. De grandes historias, son muchos los que los oyen.

Aceitunas negras o amargas, es su especialidad, secreto de vida, que tanto guardarán. En su local, no hay que olvidar, los pickles, cebollas y frutos secos, ¡qué ricos! Tienen que probar.

Violeta y Enrique, son mi pilar y para quienes los conocen, podrán encontrar, en estas dos personas, lo lindo que es amar. Nueva de Matte con Diana es un lugar donde todos los días podrán hallar a mis abuelitos con su hermoso local. Con historias, sonrisas y aciertos, en este barrio, ¿a quién no le viene bien un buen consejo? Y si necesitan más razón, ellos son patrimonio de este corazón en medio de un barrio lleno de personas con pasión.

***EL LEGADO DE UN BARRIO,  
ESCENARIO OLVIDADO***  
(*Kamil Vele*)

Entre la multiculturalidad y el impacto inmobiliario, se encuentra este barrio. Tan simple y tan cercano. Tan constituido y tan lejano. Tangible como intangible, de encuentros olvidados. El tiempo desplazó aquello que guarda el corazón.

Cultura, de divina creación, que muchos de nosotros disfrutamos sin razón. Vivaceta norte y sur, se constituyó como aquel barrio de nuestra pasión.

Aquí es donde vengo a contar, sobre un espacio a rememorar, como lo es el “Libertad”; un cine particular que, entre amores y amistades, hizo aflorar a este precioso lugar. Con la piscina, canchas y plazas, lo verde y entretenido de armonizar, con distinción, esta área de valor singular.

Vecinos queridos, no hay que olvidar, lo que en aquellos años se vio disfrutar. Tardes enteras de entretención, para un barrio de humilde dedicación.

Así como un teatro sin techo, podemos apreciar, a este espacio cultural. Como un espectáculo, de gran expresar; entre prácticas sociales, volvemos a encontrar, el sentido a resguardar. Como un hito en nuestra vida, como arquitectura de nuestro hogar.

Así es este barrio, de esencial urbanización, para una población de gran proyección. Como el primer amor, así se originó, en el escenario principal, un espectáculo sin igual.

De brillante época, en medio de este popular barrio que actualmente se ha desmoronado. Así es la vida, así es el espectáculo, entre escenas cotidianas vamos avanzando, vamos cambiando. Como vestigio de un legado de gran atracción; patrimonio local, un solo amor. Esto es parte de nuestra historia, de nuestra identidad, lo que algún día vivió en mi memoria, y que hoy traigo a la victoria.

## ***HISTORIA DE UNA NIÑA DE BARRIO*** *(La Cachitos)*

Corría el año 1970. Entonces, yo era una pre púber llena de energía y vida. Me peinaba siempre con dos cachitos, por ello quedé como “La Cachitos”. El mejor tiempo que recuerdo de mi juventud. Pertenecía a la Unidad Vecinal N° 3 (UV3). La dictadura nos llenó de números para controlarnos. Ya no éramos del barrio Vivaceta Norte.

En la UV3 había un presidente, Jorge Sánchez, que se preocupaba de organizarnos. Todos los días sábado había actividades en la plaza Fidel Muñoz Rodríguez, conocida como La Plaza de la Pileta. Nos juntábamos a jugar pimpón, tacataca, vóleibol y a los tiquitaca (eran dos pelotas de no sé qué material, que colgaban de unas cuerdas y las hacíamos chocar una con otra) y variadas actividades de ocio que disfrutábamos de sobremana. Por las noches de fines de semanas, se hacían bailes en la Escuela N° 20 (hoy conocida como Eloísa Díaz). Estos empezaban a las 20:00 hrs. y terminaban a las 11:30. Ahí conocí mi primera ilusión de niña. Un joven llamado Álvaro. Cada sábado asistía a los bailes para poder verlo. ¡Me sentía tan feliz! Además, en esa época de eterna juventud, yo participaba en los Scouts como *girl guide*. El grupo funcionaba en la Escuela N° 18 (ahora Juan Francisco de Quito). En cada celebración importante para nuestro país, participaban los colegios del barrio. Desfilábamos con nuestros uniformes, falda, pantalón verde musgo, medias plomas con pompones verdes y boina negra. Yo me sentía muy feliz, ya que siempre pensaba que Álvaro me estaba mirando (obviamente nunca me vio), así que desfilaba con mucho ahínco.

Los días domingo se hacían fiestas en la pileta de la segunda plaza. “El Pelao” Hernán ponía gratis la música donde don Max, un almacenero buena onda que tenía dos hijos gemelos. Su almacén era punto de encuentro con helados, galletas, conversación y cigarrillos. En esa época llegábamos los domingo muy temprano a la plaza para poder coger un asiento, ya que la plaza se llenaba de nosotros. Juventud, pura juventud, obviamente cada joven tenía su grupo. Estos grupos estaban constituidos por jóvenes de La Plaza Central (mucho más bonita que las nuestras, pero que con el tiempo se deterioró, hasta hoy), de la Población Las Rosas y sus alrededores. Éramos todos muy unidos, a pesar de que existían los grupos, todos nos conocíamos. También existía un Centro Juvenil en donde se hacían las reuniones (lo llamábamos “Discoteque Las Tablas”) y allí participábamos todos. Claro que era dirigido por los más grandes. De hecho, el gimnasio de la escuela N° 20 se llenaba de jóvenes. Había, también, un grupo de teatro. Éramos muy responsables. ¡Claro que no faltaba el que de repente se ponía medio rebelde!

Para el 18 hacíamos fondas. Nunca olvidaré aquella de un 18 perdido en el año 1971. Se instaló en la primera plaza frente a mi casa, pero el día 19, llovió tanto que yo creía que el viento la desarmaría. Mi angustia era dónde iba ir a bailar. Felizmente se habilitó la Escuela 18.

Los veranos participábamos de nuestra piscina del barrio, frente al cine “Libertad”, donde teníamos un carné de socio. Yo la disfrutaba todo el día, desde la mañana, y después de almorzar me iba a la piscina nuevamente. A la salida, pasábamos al almacén de don Daniel a comprar pan con ají.

Cuidábamos mucho la piscina, ya que éramos los encargados de mantenerla limpia. Aquí también hacíamos bailes y en la cancha de *baby* que había al lado, jugábamos vóleibol y *baby* fútbol femenino. Se hacían campeonatos entre los centros juveniles. Para la Fiesta de la Primavera, hacíamos guerras entre plazas. Plaza Central contra nosotros: guerra de agua. Disfruté tanto ese tiempo en el que viví mi juventud. Recuerdo los bailes que se hacían en el colegio Santa Luisa de Marillac.

Como se ve, la pasábamos muy bien, llenos de bailes, fiestas y muchas actividades colectivas. Todo esto en los años 1970 a 1975. El mejor tiempo que me tocó vivir y los más maravillosos, que nunca he olvidado como tampoco mi primera ilusión, Álvaro. Al ritmo de *The Credence Clearwater Revival*, *Deep Purple*, *The Ten Years After*, etc., etc., etc... ¡Juventud, divino tesoro!

## ***EXPLOSIÓN*** *(Laury's)*

Acá vengo a contar la historia nunca antes contada y que el inexorable paso del tiempo borró las huellas de los muertos de los años 50.

En que Av. Hipódromo Chile se vistió de sangre, tras la explosión de las calderas de una fundición frente a la casa de mi tío Julio Castro Ruiz, preparador de caballos fina sangre en el Hipódromo Chile .

Fue el 25 de junio de 1956 aproximadamente, después de celebrar en la casa la fiesta de san Juan toda la familia, pues mi tío abuelo llevaba ese nombre: Juan Bautista Castro Díaz.

En esa época, ya mi familia estaba ligada a la hípica por tradición, desde mis abuelos, padre, tíos y primos. Mi padre y mi tío Carlos Castro, quienes también ejercían como preparadores, habían quedado a cargo del corral y los caballos de mi tío Julio Castro, quien se encontraba en Venezuela, preparando los caballos de un importante empresario venezolano.

En Av. Hipódromo Chile, casi al lado de la entrada de la puerta a la veterinaria del Hipódromo, donde hoy se construyeron edificios, ahí estaban ubicados la casa habitación y el corral de mi tío. El acceso a la casa era por un portón de fierro que daba al garaje de la casa y por ahí se llegaba al corral, como también por la terraza del fondo de la casa.

Allí vivía mi padre y su esposa de ese entonces, que se encontraba embarazada de cinco meses. Vivían junto a mis tíos y primos, pues era una casa muy grande.

Esa mañana del 25 de junio, cerca de las 10 A.M., mi padre, Fernando Castro, se estaba afeitando en el baño para ir a la cancha a ver el trabajo de los caballos, cuando, de pronto, la caldera de la fundición que estaba ubicada en la vereda sur, frente a la casa de mi tío, explotó y voló por los aires. Al explotar, cayó el agua hirviendo sobre el techo de la casa. Mi padre se salvó milagrosamente, no así su esposa. Junto a ella y el bebé, falleció también don Nano, un vecino de la casa. Graves quemaduras sufrieron dos de mis primos y el capataz del corral. En el intento de salvar a los demás, uno de mis primos estuvo al borde de la muerte, debió permanecer hospitalizado por largo tiempo y soportar injertos en sus piernas, manos, brazos y rostro.

Fue una mañana de terror. Escenas de pánico por el vapor y fuego por todos lados donde todos gritaban, pues no se veía nada. Afortunadamente los fierros de la caldera cayeron entre el patio de la casa y el corral. De lo contrario, habría fallecido toda mi familia, y no estaría yo para contar esta trágica historia.

Los diarios de la época, decían en sus noticias que era un milagro que no hubieran fallecido todos.

Esa caldera permaneció por años en el mismo sitio donde cayó, como testigo fiel de ese tremendo accidente que afectó a mi familia directa. Hoy donde estaba la Fundición, existe una barraca de fierro.

Esta es la historia que creo nadie de la época actual conoce y que vivió nuestro barrio.

## ***HISTORIAS DE LA CENTRAL*** *(Laury's)*

En los inicios de los 80, mi amigo y vecino Ricardo Duhart (o “Ricki” o “Dujart”, como le decimos sus amigos), vivía en Domingo Santa María y llegaba a diario desde temprano con su guitarra al hombro a la Plaza Central.

Ahí ensayaba y cantaba sus composiciones cuyas letras muchos amigos del barrio aun recuerdan. De a poco, íbamos su-mándonos al ritmo de su música hasta formar un gran grupo en el que todos coreábamos sus canciones y las de Silvio, Santiago de Nuevo Extremo, Pablo Milanés, Sui Generis, entre otras. Nos quedábamos hasta altas horas de la noche sin que importaran el frío ni la lluvia, pues el calor humano de los amigos abrigaba las noches de central. Algunos vecinos de entonces llamaban a Carabineros para denunciar ruidos molestos. Pero ese gran ruido era... ¡La Música!

Recuerdo que mi madre me salía a buscar y yo, a regañadientes, me iba a casa, y desde mi habitación, en el silencio de la noche, escuchaba como continuaban coreando las canciones, pues mi casa queda justo a los pies de la plaza, en calle Antonio J. Vial, y yo ahí, ansiosa por volver al grupo a cantar, pues es mi *hobbie* hasta el día de hoy. Entonces tenía 20 años. En ese entonces había un lechero, llamado Benito, que repartía la leche en el barrio y en el Liceo Gabriela Mistral.

Con el tiempo, Benito se hizo amigo de todos los vecinos, incluidas nuestras madres, pues era muy cordial, caballeroso y simpático. Pero un día..., lo sorprendieron con un pito de marihuana y los Carabineros lo detuvieron. Producto de ese episodio, Ricardo, nuestro amigo cantautor, le compuso una

canción a la que puso por título ‘Balada para el Beno’, con la música de un tema de Woodstock. Pocos saben la verdadera historia de esa canción.

Recuerdo el día en que Ricardo la grabó en un *casette* y me la mostró. Le dije a Ricardo que la inscribiera y fue tal el éxito de esa canción, que con el tiempo se convirtió en el himno de la Central, hasta nuestros días. Hoy se conoce como ‘Llegando a la Central’. Muchos amigos migraron al extranjero y cada vez que vienen a Chile visitan a Ricardo y le piden que les cante la canción de nuestra juventud. Es así como esta canción traspasó fronteras en las universidades y calles y hoy la cantan muchas bandas, incluido Mauricio Redolés.

Con su humildad, Ricardo nunca hizo alarde de su creación, regalando el tema a quien quisiera interpretarlo y muchos otros, injustamente, se han adjudicado la autoría. Ricardo hoy es psicólogo y aun es mi amigo. Continúa cantando con el seudónimo de “Reverendu Du” y muchas veces también lo hace junto a Mauricio Redolés.

Acá les dejo la letra de la canción “Balada para el Beno” o “Llegando a la Central”, a la que otros llaman “Llegando a la Yungay”, pero es nuestra, de la Central.

*Letra:* Ricardo Duhart

*Música:* Inspirada en Arlo Guthrie Live @ Woodstock 1969

*Coming into Los Angeles.*

*Título:* “Balada para El Beno”

Llegando a la Central a las dos de la mañana,  
con un cargamento de marihuana,  
me salieron a recibir la policía Civil.  
Atravesando ventanas, desaparecí.

Traficando con la duda de mis padres y vecinos,  
me refugié una hora en la cama de alguna mina  
y desde afuera escuchaban sus gemidos.

*Estríbillo:*

*No me revisen ahora, no, no.  
No me revisen, que no la van a encontrar.  
No me revisen, no.  
Suéltense que me van a culpar otra vez.*

Corriendo toda la noche,  
crucificado en veredas.  
Esa noche necesitaba la mano de algún amigo.  
Esa noche en Central yo era un perseguido.  
Cayeron sobre mí  
Con sus ruidos y sirenas.  
Me borraron la espalda y me esposaron la lengua,  
aunque mi inocencia no se había comprado.

*Estríbillo*

**PANDEMIA**  
(*Laury's*)

Y ahí va la muerte solitaria y fría.  
Nadie la quiere acompañar,  
todos cierran sus ventanas,  
para no verla pasar.  
El frío, la lluvia, no deja ver a los hijos,  
hermanos, nietos, viudos y viudas llorar,  
por aquel ser amado que hoy se va.  
Y ahí va la muerte, con paso cansino,  
atravesando las calles del pueblo,  
mientras la tristeza, envuelve a la distancia  
a quienes, de lejos, debemos mirar  
el carro fúnebre alejar.  
¡Ay, ay, ay! lloran las almas tristes y  
desoladas rumbo al panteón.  
... Los amigos, desde lejos,  
debemos decirles adiós.

## ***POR UNA CABEZA*** *(Laury's)*

En una fría mañana de otoño, cuando tenía diez años, después de salir del colegio de señoritas, El Colegio Santa María de Cervellón, camino bajo la lluvia por la larga Avenida Independencia rumbo al almuerzo familiar de mi numerosa familia hípica..., los Castro, ícono de la hípica chilena en La Palma, como es llamado el Hipódromo Chile.

Cada 17 de mayo, se celebra el cumpleaños de mi tío Julio Castro Ruiz, llamado “El Mariscal”, por su brillante trayectoria en Venezuela en los años 50. El reloj marca las 14:30 y en Av. Hipódromo Chile, cielo gris y lluvioso, el silencio otoñal cubre las viejas casas y caballerizas...

Nadie desde afuera, con el frío, la lluvia y el silencio, sospecha que dentro de la casa familiar el tañir de las guitarras, las risas y cantos de los viejos entonando el tango “Por una Cabeza”, avivan el fuego de la chispeante parrilla. La alegría explota por todos los rincones con personalidades que frecuentaban la casa de mi tío, pues al ser el mejor preparador del Hipódromo, los empresarios de la época le entregaban sus “pupilos” (caballos de fina sangre) para que él los preparara. Es así como de niña conocí a los dueños de camisas “Arrow”, los hermanos Abumohor, don Nicolás Chahuán, don Antonio Labán, don Julín Serra, conocido propietario de “La Casa del Delantal”, y a muchos más. Nadie sospecharía que ahí estaban todas esas personas celebrando el cumpleaños de mi tío.

El olor a guano fresco y viruta humedecida, es el típico aroma que adorna el ambiente. Después de un largo rato, cae la noche fría y con mis padres, regresamos a nuestra casa de Antonio J. Vial.

¡Linda época viví! Hoy, al abrir mis ojos, me encuentro con los gigantes de cemento, pues ya no están las caballerizas, las casas, las risas ni el cantar de las guitarras. Murió mi amada avenida, la que solo alberga en sus calles los recuerdos mágicos de una familia que se desvaneció en el tiempo.

Cada vez que suena la trompeta y a lo lejos escucho un “¡Subieron bandera!”, la nostalgia me invade y continúo con mi paso cansado con las cenizas de aquellas parrillas en mis sienes... Tarareando a media voz: “por una cabeza, mil veces la vida, ¿para qué vivir?”

## ***SI TE INFECTAS, MUERES*** *(Laury's)*

A poco andar el 2019 , después de proyectos, abrazos, risas y alegrías en mi barrio Central, me despierto en medio de la soledad, la tristeza y el miedo.

—No temas —dicen los que creen en la medicina alternativa y en los chacras— pues si temes, invitas al virus a que entre en tu vida.

Mas es como si en pantalla 3D estuviera viendo en primera persona la película de terror más horrible de mi existencia. Y a medida que pasan los días, el temor invade nuestras vidas, y a aquellos que se creían invencibles, hoy los escucho decir, “¡Tengo miedo!”

Miro al mi alrededor, y me pregunto: ¿De qué sirve toda la materia, si en un segundo ya eres polvo? ¿A dónde van a parar las risas de aquel que un día rio a carcajadas, y que, teniendo boca, ya no ríe; teniendo ojos, ya no ve; teniendo oídos ya no oye, mientras yace, solitario, tendido en una fría camilla de hospital, sin el cálido abrazo de quienes lo aman? Su partida es así, triste y solitaria.

Y veo, aterrada, cómo el mundo se cae a pedazos, miro mi barrio con sus calles vacías, mi plaza Central gris y desolada.

Ya no se escuchan los gritos y las risas de los niños jugar. Y me arrodillo ante Dios, gritando clemencia, mientras algunos, jugando con la suerte, incrédulos de todo, se pasean por la vida como si fuera una ruleta rusa.

Y así pasa el tiempo. Cada cual hoy valora lo que tuvo y perdió, o lo que para él antes era un derecho propio: respirar.

Y me arrullo en mi cama con el temor diario, y me evado en medio de la cocina, la música y el canto. Pues como todos o casi todos, deseo ver salir el sol de cada mañana y agradezco a Dios el poder aun sonreír con mis amigos aunque sea por una pantalla de celular, ver sonreír a mi hija a la distancia, rabiarse con mi madre porque le tengo prohibido salir.

Extraño a mis amigos, a aquellos que veía a diario, extraño sus abrazos y risas.

Hoy cada cual valora a ese amigo que un día discriminó por no tener la misma solvencia económica, a aquel que no vive en el barrio alto y que aun se moviliza a pie, a aquel que, sea gordo o flaco, comunista o de derecha, valoras por su corazón y ser una buena persona. Lo importante es que, si nos cuidamos, aun nos queda la esperanza de volverlos a abrazar mañana.

## *ANEC DOTARIO 1*

*(Livio)*

Las lluvias del crudo invierno remitían en agosto y los gatos salían por las noches con sus mejores botas a correr sobre los tejados de pizarreño. Septiembre venía rápido y aparecía la luz entre los grandes árboles del frente de nuestra casa: llegaba el momento de salir a las calles para celebrar la primavera y reuniones con los demás niños de la cuadra. Nos conformábamos con jugar a las bolitas o al trompo en el pasaje “La Razón”, que no tuvo nunca una superficie razonable para otro tipo de juegos.

A mediados de mes se alzaban banderas, lo que era el anuncio de que se aproximaba mi cumpleaños. Desde lejos se sentían los Boy Scouts, creo que por la Avenida Independencia, con sus instrumentos de viento y de percusión, marchando con orgullo por la calle Palermo. Cada año, encabezando la marcha, aparecía “Peto”, el amigo de infancia de mi padre. Todos salíamos temprano a la puerta para aplaudir y agradecer el desfile. A una señal de “Peto”, la tropa hacía el paso de ganso y el saludo militar en frente de nuestra casa. ¿Sería, quizás, en el día de la Independencia?

## *ANECDOTARIO 2*

*(Livio)*

A las cinco de la tarde, llegaban a celebrar todos mis amigos vestidos como de “domingo”. Mis tías organizaban todo antes de la merienda y nos hacían ponernos en fila para el rutinario desfile anual alrededor de la manzana, por ser el día de la Independencia. De vuelta a casa, se servían las delicias, tortas de piña o durazno y con manjar que acompañábamos con bebidas o leche con chocolate. Éramos muchos los niños del pasaje y de los alrededores. Corríamos detrás de una pelota por la calle Palermo, nuestra calle más arbolada, mientras las niñas se reunían a jugar al luche o al elástico. Raramente pasaban automóviles, solo un enorme auto americano de nuestro vecino a una hora determinada, quizás el único en la cuadra. Era gigante, quizás más bien una lancha, y con dos alas verdes llenas de poderosas luces. En él, cabíamos prácticamente todos.

Cotidianamente, nuestro vecino con sus hijos nos llevaba a lugares campestres a encumbrar volantines. Fue siempre un caballero muy generoso. Nuestro pasatiempo era también caminar por los muros de los antejardines y colgarnos de un árbol arqueado que se encontraba en el Pasaje La Razón. A nuestra temprana edad, cuestionábamos todo y dialogábamos de acontecimientos políticos, tal como lo que sucedió cuando mi mejor amigo discrepó abruptamente conmigo, diciéndome que el Che Guevara no era ningún héroe, sino un bandido. Poco tiempo después, su familia decidió irse a vivir al barrio alto, quizás volando en el automóvil de las grandes alas. Nunca más nos volvimos a ver.

## ***ANECDOTARIO 3***

*(Livio)*

Nunca entendí por qué paseaban los caballos del Hipódromo en la población Vivaceta Norte, a pesar de las quejas de los vecinos porque las calles quedaban sucias y se llenaban de moscas. Por lo general, los paseadores eran corteses, pero se enojaban cuando les preguntábamos por el nombre. Cuando nos respondían su propio nombre, les decíamos:

—¡No! El nombre del caballo.

Y salíamos arrancando. Una vez, uno de los paseadores me dejó montar un pura sangre. Inmediatamente después de montarlo, salió despegado por la calle Palermo hasta deslizarse por el suelo. Aunque me afirmé incluso de la cola, nos caímos. No sé cómo el jinete y el caballo salieron ilesos. Nos acostumbramos a ver estos centauros todos los días y hasta nos hicimos amigos. Aprovechando la confianza de que los paseadores me conocían, mi abuela me pedía todos los años ir a buscar guano a los establos del Hipódromo para su pequeña chacra del patio de la casa. Aunque me disgustaba hacerlo, me decía que era trabajo de hombre, y me recordaba que yo era el que disfrutaba más de su cultivo.

En vista de este poderoso argumento, yo buscaba la hora más apropiada para salir con dos sacos enormes, ya que no era la primera vez que en la calle Valderrama un grupo de chicas en bicicleta me sorprendían en esa labor y se burlaban de mí.

## ***ANECDOTARIO 4***

*(Livio)*

En el barrio había un médico de apellido Agrela que trabajaba en el consultorio del Club Social en Nueva de Matte, frente a la calle Diana. Atendía a todos, incluso cuando no tenías plata. Quizás me salvó más vidas que a un gato.

Cuando el doctor Agrela estaba ocupado, ya que atendía en muchos consultorios pobres, íbamos donde la doctora Tola, como la llamábamos. Era la farmacéutica que estaba en la esquina de Vivaceta con calle Aurora. Ella se las ingeniaba para hacer recetas y brindar alivios.

Era gente de gran espíritu, a nivel de santo, que ya están en mejor vida, y yo, particularmente profundamente agradecido.

## *ANECDOTARIO 5*

*(Livio)*

Mientras transcurría el apabullante calor del verano, un gran incendio sucedió en el barrio en una vivienda ubicada en la esquina noroeste de la calle Quezada Acharán y Nueva de Matte. Escuchábamos la canción del “mono”, pues así pensábamos que decía el estribillo de esa canción que estuvo muy de moda en esos años (Hit the Road Jack: <https://www.youtube.com/watch?v=0rEsVp5tiDQ> ).

El incendio nos sacó a todos de las casas. Fue impactante la cantidad de humo que surgía y de bomberos que acudieron. No quedó nada; solo algunas paredes de ladrillos y muros perimetrales.

Pocos meses después, en ese lugar se instaló una gran carpa con enormes almohadas y cojines en el suelo, la que fue habitada por una numerosa comunidad gitana. Las mujeres se instalaban en las esquinas con sus vestimentas tradicionales, largas faldas, y con una cartera en la cintura donde guardaban objetos para ver la suerte.

Aunque los hombres no tienen una vestimenta definida, se podían distinguir por sus anillos, cadenas o pañuelos en el cuello, y lentes oscuros como símbolo de poder. Era difícil coexistir con ellos, ya que las mujeres eran muy insistentes en brindar sus servicios, mientras muchos de sus hijos aspiraban en las calles el dañino Neoprén.

Sin embargo, algunos gitanos se atrevían a integrarse con la comunidad, como lo hizo Fardi. Él llegaba a clases esporádicamente cuando cursábamos la preparatoria en la Escuela 18.

Aunque tratábamos de incorporarlo, siempre se sentaba atrás en la sala de clase, para poder escaparse. Su tío martillaba y martillaba ollas de cobre todo el día y se sentía el ruido hasta Vivaceta. Según Fardi, era un negocio muy lucrativo. No sé qué clase de magia tendrían, pero poco a poco empezaron a comprar casas en el barrio y a instalar carpas, almohadas, y cojines en los *livings*.

No había acabado el año escolar, cuando Fardi nos dijo que se iba a casar. Al principio no le creímos, pero la ceremonia se realizó a los pocos días en la Plaza México en la esquina de la calle Palermo y Vivaceta. Como este rito es muy importante para la comunidad gitana, llegaron muchas camionetas de todos lados, incluyendo de Perú y Argentina. Se colocó un mástil con una bandera y una manzana en la punta, y en la carpa del novio se instaló la orquesta. Las mujeres ayudaban en la preparación de la comida: cordero asado, papas, y hojas de parra rellenas. Hubo mucho alcohol en esa celebración que duró varios días. No tengo claro si la Municipalidad les otorgó permiso, pero estoy seguro de que estas largas fiestas incomodaban a los vecinos.

Los gitanos hacían circular una fuente con agua, en donde pedían que los asistentes depositaran dinero y joyas para la nueva pareja. Después, el agua de la fuente se rociaba sobre la carpa para la prosperidad de los recién casados.

Algunos meses después, apareció Fardi en la Plaza Fidel Muñoz, sonriendo con un gran diente de oro y una camioneta del año, relatando que era un gran empresario automotriz de autos usados, y que se había separado.

Mis amigos y yo estábamos lejos de pensar en casarnos, ya que durante nuestra adolescencia, solamente hacíamos fiestas en las casas, sobre todo con luz tenue para bailar los acaramelados *blues*, que no tenían nada de *blue*, pues solo era música lenta. En ocasiones, una gitana muy joven, curiosa y de hermoso pelo dorado, se cambiaba sus atuendos para vestirse como nosotros, perfumarse, y asistir a nuestros eventos. Las demás chicas del barrio se ponían celosas, ya que prácticamente todos nosotros hacíamos fila para tener la oportunidad de bailar con ella. Ninguno tuvo la suerte de ir más allá que solo encontrarse con su mágico encanto.

## ***LOS MALONES Y EL LARGA DURACIÓN*** (Nano)

En el barrio, eran bastantes frecuentes los “malones”, que se armaban con una rapidez impresionante. Bastaba que alguien se consiguiera la casa con los papás para que se corriera la voz y todos empezábamos a llegar con bebidas y algo para picar.

La música, la mejor del momento, corría por cuenta del dueño o dueña de casa y contaba con los aportes de los invitados que llegaban con sus vinilos en versiones *single* o *long play*. Creedence, Carol King, The Doors, Led Zeppelin, The Beatles, Simon & Garfunkel, Pink Floyd, Carlos Santana, The Bee Gees, Steppenwolf, Cream, Janis Joplin, Joe Cocker y tantos otros, aparte de los infaltables románticos en español, especialmente las versiones de Salvatore Adamo y probablemente algún italiano de San Remo o del programa de televisión “Música Libre”. Entre los rápidos, recuerdo a Ten Years After con el tema *I'm going home*, que duraba cerca de once minutos y quienes los bailábamos como *rock and roll*, hacíamos gala de tener buen estado físico. También estaban los larga duración, más lentos, como *In A Gadda Da Vida*, de Iron Butterfly, que duraba en torno a los diecisiete minutos y *Get ready* de Rare Earth, que duraba cerca de veinte minutos.

Si querías “pinchar” con una de las niñas del barrio y ella te aceptaba bailar uno de estos temas, estabas al otro lado. De lo contrario, te perdías la oportunidad y te aburrías como ostra, condenado a la soledad. Felizmente, nunca me quedé solo.

## ***DE LA PLAZA DE ARMAS A LOS NIDOS*** *(Nano)*

En los años '70, era habitual juntarnos en la Plaza de Armas, después de asistir al colegio, todos los jóvenes de un barrio muy extendido. Proveníamos de diferentes colegios de Santiago, cuando la comuna, todavía albergaba a los antiguos barrios de Independencia y Recoleta Sur. Allí se hablaba de todo, pero especialmente de política y a un muy buen nivel, creo yo, como también sobre autores como Jean Paul Sartre, Thomas Mann, Eric Fromm, Karl Marx y Jacques Maritain, entre los más citados en nuestras apasionadas, pero respetuosas discusiones. En ese tiempo, no solo no se prohibía hablar de política, sino más bien se estimulaba. En esas tertulias, recuerdo especialmente a Darío y Andrés del Instituto Nacional, al “Yoyo”, creo que era del Liceo 10. Yo era del glorioso Manuel Barros Borgoño; pudo, también, haber habido alguien del Valentín Letelier.

Después de nuestras largas conversaciones, era habitual también atravesar al “Ravera”, al “Bahamondes” o al “Chez Henry”, todos ubicados en el Pasaje Matte, a comer pizzas. Era como un aperitivo para el almuerzo en nuestras propias casas. Luego de tan ansiada merienda y cansarnos de discutir y arreglar el mundo, tomábamos la micro Ovalle Negrete N° 57, que venía por la calle Ahumada hacia el norte. Si no la podíamos tomar, nos quedábamos “debajo de la mesa”. Se llenaba de escolares que pagaban diez pesos de la época. Y comenzaba el recorrido, por calle Puente, Avenida Independencia (¿o Avenida de la Paz?), la calle López, hasta Gamero, en cuyo trayecto se bajaban los de la ENACO, calle Retiro y otras. Continuaba por calle Escanilla, donde se iban bajando los de Domingo Santa María, Sevilla, Central y A. J. Vial. Para finalmente, doblar por avenida Francia hacia Vivaceta. Allí,

según recuerdo, descendíamos el grueso, los de Avenida Francia, Inglaterra, Los Nidos, Nueva de Matte, Palermo, Venecia e Hipódromo Chile.

Durante la semana, casi siempre éramos más o menos los mismos los que convergíamos en la Plaza Fidel Muñoz Rodríguez y en Los Nidos los fines de semana, cuando disfrutábamos en la piletta de la música del “Pelao” Hernán y, a veces, de algunos grupos que estaban de moda.

Éramos una verdadera comunidad: nos queríamos y respetábamos en nuestras diferencias. Eso es, creo yo, lo que los científicos sociales llaman “capital social”.

Fueron grandes tiempos esos que vivimos entre la Plaza de Armas y el barrio Los Nidos.

**DE LA TERRAZA AL PASAJE  
DE LA SEÑORA LUCHITA**

*(Nano)*

Corrían los años ‘70 cuando junto a mi familia, fuimos a veranear a Cartagena. Llegamos a una casa inmensa, donde podíamos recibir a todos nuestros amigos. Éramos seis hermanos y cada uno hacía sus invitaciones. Yo invité a mi gran amigo “Tato” Ortiz Valdivieso. Lo somos hasta el día de hoy.

Un día como cualquiera, bajamos a pasear por la famosa terraza de Cartagena, que aun guardaba algo de su antiguo esplendor, junto a los vendedores de churros españoles, la música estridente, los tacataca, mucha juventud deambulando, la *boite* Francia, entre muchas otras entretenciones.

Caminando y mirando siempre hacia las ondulantes olas de un mar calmo, ideal para el baño y el esparcimiento, llegamos a la Playa Chica. De pronto, vimos un grupo de hermosas ninfas, saliendo desde la playa a la terraza, entre ellas, una que resaltaba por su largo y hermoso pelo rubio, tez tostada, tremendos ojos azules y una pierna enyesada. Las vimos pasar a nuestro lado, y, algo incrédulos, comentamos:

—¿No son aquellas niñas que van a la Plaza de Armas, después del colegio?

Efectivamente, todos los días de la semana, convergíamos en dicha plaza los jóvenes del barrio, estudiantes de los principales colegios de la época, ahora llamados “emblemáticos”: el Instituto Nacional, el Liceo de Aplicación, el Valentín Letelier y el Barros Borgoño, entre otros. Pero también lo hacían las niñas del Liceo 1. ¡Ahí estudiaba ella! Venía del Liceo Europeo.

Un día, nos encontramos en la plaza Fidel Muñoz Rodríguez, conocida por todos como plaza Los Nidos. Cuando la vi, me saltó el corazón. Pensé “al abordaje muchachos”, como decía Arturo Prat, y la seguí hasta el pasaje de la señora Luchita. Hoy sé que eso se llama “perseverancia” y le conté un cuento. ¿Cómo podía abordar a una chica que me enloquecía, pero que no me daba bola? Y ella, en su candidez, (tenía 15 años yo 17), me dio la receta que yo practiqué, como buen alumno, en seguida. Se sonrojó hasta el infinito y se fue corriendo, diciéndome que me respondería después. Al poco rato, volvió y entre nosotros se selló un romance que, con altos y bajos, dura hasta el día de hoy.

Desde 1990 vivimos en la casa donde vivía la señora Luchita, la misma que vendía a los niños de antaño dulces y calugas, ondeando al viento, orgullosa, su pelo plateo-morado que siempre la caracterizó. En esa casa, se criaron nuestros cuatro hijos y por ella han pasado nuestras nietas Fernanda y Antonia y esperamos pronto a Martín; en el mismo pasaje, donde comenzamos nuestro romance...

Todo sucedió entre Cartagena, la Plaza de Armas y el barrio Los Nidos.

## ***EL EN DÍA QUE PERDIMOS LA INOCENCIA*** *(Nano)*

Un día de septiembre de 1973, me levanté muy temprano para ir a la Universidad. Estudiaba Filosofía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En el ambiente se sentía una tensa calma. Ya los días previos habían sido de muchas diatribas y duras recriminaciones entre los principales bandos políticos, tanto oficialistas como de oposición.

Iba en la micro Ñuñoa Vivaceta cuando empezaron los desvíos de un lado para otro. Nadie entendía nada. Había muchos carabineros y militares en las calles. Con tanta vuelta y desvío, era claro que llegaría tarde a mi clase de las 8:00 horas. Estando ya cerca de nuestro destino, nos informamos de que el Pedagógico estaba cerrado y que debíamos devolvemos. Viví toda una odisea: cierres y más cierres, desvío tras desvío. Con todo, no me quise ir a mi casa y me dirigí a la de mi polola en la calle Diana.

Una vez en el barrio, ahí todo fue comentar las noticias de la radio y especular sobre lo que habría pasado o estaba sucediendo. Nos empezamos a juntar algunos de los amigos y los familiares de mi polola. Recuerdo, especialmente, a mi suegro, gran persona, muy culto y de inclinaciones social-cristianas, gran admirador de Eduardo Frei Montalva, que comentaba, junto a los demás, en su forma habitual, que dejaba entrever su ascendencia italiana.

Estábamos en eso, cuando de pronto, vimos por los aires, cruzando un hermoso cielo azul, en un día luminoso de septiembre, un grupo de aviones, que después supimos eran *Hawker Hunter*, de origen británico. Quedamos sorprendidos

todos por su belleza y capacidad de maniobra. Después oímos unos sonidos sordos y a la distancia vimos una columna de humo. ¡Habían bombardeado el Palacio de La Moneda..., con el Presidente adentro! Lo que más recuerdo de ese momento, es la cara pálida de mi suegro, diciendo que esto era una desgracia para Chile..., que cuando llegaban los “milicos” al poder, no lo soltaban..., que cuando llegaba la derecha al poder, el único perdedor era el pueblo.

Mi suegro murió un par de días antes del estallido social de octubre recién pasado. Habría estado feliz de ver cómo su amplia descendencia fue en bloque a marchar para recuperar lo que nos quitaron el 11 de septiembre de 1973, que vimos irse ese aciago día desde nuestro barrio, un barrio integrado y feliz..., vestigio de otros tiempos, que ¡sí ...fueron mejores!

## ***LOS BAILES EN LA PILETA***

*(Nano)*

Los bailes en la pileta de la Plaza Fidel Muñoz Rodríguez (Los Nidos), frente a don Max, amenizados por la mejor música *rock* de la época por el inefable “Pelao” Hernán, eran lo más esperado por buena parte de nuestra generación. Aquí convergían los jóvenes no solo del barrio extendido desde Hipódromo Chile a Domingo Santa María, sino también de muchos otros lugares del Santiago de entonces. Aquí se conversaba, se bailaba y escuchaba buena música. Se departía con mucha gente.

Las niñas del barrio eran especialmente buenas mozas y ese, creo yo, era un gancho poderoso. Tratando de hacer memoria de algunos con los cuales se compartía en aquellos tiempos, recuerdo a Arturo Bucarey y su lote de La Central; los Hormazábal Brown de Río Jachal; los hermanos Amaro de Inglaterra; las hermanas Selman y las Stephens de Avenida Francia; los hermanos Blanco, de Los Nidos. No recuerdo de dónde eran los Rendic. En Nueva de Matte, los primos Prinea y Medel; los hermanos Araya; Juan Pardo y sus hermanas en Palermo; a Nancy Jorquera y las hermanas Portella en Venecia y otros tantos en Hipódromo Chile. Para qué decir en las calles de entre Vivaceta e Independencia o de Independencia hacia Belisario Prats o la población Las Rosas. Solo para mencionar a algunos, los hermanos López Mac Farlane; los Gálvez Castro; Jeanette Davis y Walter Donkaster, en Diana; Juan Torres, primo de “Vitoco” y los hermanos Ramsey, en Navarrete y López. El “Lolo” Nano en Escanilla; “Lucho” Bunster y “Yoyo” Sánchez, en Ariel. No recuerdo a alguien específico de Huasco, pero sí a los Vergara de Quezada Acharán. De Independencia hacia Dorsal, venían “Nano” Torres y sus amigos; los Ortiz Valdivieso (“Tato” y “Chalo”); Carlitos Aravena y, eventualmente, “Toño”

Gilabert, Miguel Esbir, Juan Navarrete y Carlitos Estévez, Todos del Club de Cachorros de Conchalí. Caso aparte era “Lino” Pesce, de Cañete, que se juntaba con “los tuercas” del barrio, que corrían en las pistas de Las Vizcachas.

Seguramente mi memoria deja a muchos afuera, pero lo que no deja afuera es el recuerdo de un barrio y un país mucho más integrado, sano y feliz. Muchos de los nombrados ya no viven aquí. Se han ido fuera del país o emigraron a la zona oriente de Santiago. Muchos son actualmente profesionales, empresarios o funcionarios exitosos. Sin embargo, ninguno de aquellos con los que he hablado en este último tiempo, deja de tener los mismos recuerdos, nostalgias y añoranzas de nuestro pasado común, vivido en la Plaza Los Nidos y en el barrio del que esta plaza es parte.

## ***LOS CUMPLEAÑOS DE LA JEANNETTE DAVIS***

*(Nano)*

Cuando llegué a frecuentar la calle Diana, compartí muchas de las cosas que hacía mi polola con sus amigas. Eran varias y todas “tincudas”, como diría un español.

Uno de los eventos habituales del lote, era el cumpleaños de la Jeannette Davis, hija de Vicente “Pocho” Davis, quien siempre la ha querido sobremanera y regaloneado con especial esmero. En consecuencia, la celebración de sus cumpleaños era apoteósica, con mucho picadillo para comer, mucho bebestible entre el que resaltaba el famoso ponche a la romana, hecho por el propio dueño de casa, y mucha y variada música para agasajar a los amigos y parientes.

Entre los invitados estaban las hermanas de don “Pocho”, tías de la cumpleañera, amigos del sector Patronato y la de la Academia de Humanidades, pero especialmente del barrio y de la cuadra. “Yoyo” Sánchez, “Lucho” Bunster, Rubén Hormazábal, la “Veró”, la “Mary”, la “Paty”, Ana López, la “Queña” y la “Marisa”, entre muchos otros. No recuerdo si también iba “Pancho” Quiroga, de Boccardo con Quezada Acharán.

Comíamos, bebíamos y bailábamos al son del “Ula-ula” y otros muchos temas. Se conversaba, se reía, se disfrutaba. Y, cuando ya habían pasado las cumbias y otros sones que nos hacían bailar a todos, venía la sesión más esperada por las féminas del sector, el famoso *rock and roll*, cuyo único espécimen de la generación que lo bailaba con bastante dignidad era yo!!

¡Guau! ¿Recuerdan la canción de Adamo?... Bueno, bailar *rock and roll* significaba bailar con las seis o siete amigas de mi polola, además de con ella... Bailé más que un trompo y perdí casi un kilo. Ahí recordaba a mi primo Jovino y le agradecía por haberme enseñado a bailarlo desde muy chico, pues el *rock* es de una generación anterior a la mía.

Todo lo perdido en el baile lo recuperaba con las atenciones y cariño de don “Pocho”, que volvía a ofrecer ponche a la romana a un bailarín extenuado pero feliz de disfrutar esos sones, atenciones y cariño expresados durante los cumpleaños inolvidables de su hija Jeannette.

## *LA CURTIEMBRE*

*(Luna)*

Un olor particular, “inolvidable” se podría decir, en plena comuna de Independencia, más específico en Vivaceta, entre las calles Carrión y el Molino. En este lugar existía, hasta hace no mucho tiempo, una curtiembre de la que emanaba un fuerte olor a cuero, a podrido. Ese olor particular e inolvidable para mí, que percibía en la infancia, no era precisamente agradable.

Parece que no siempre los recuerdos placenteros van de la mano con olores aromas similares, porque ese fétido olor me recuerda a mi padre, quien trabajó cuarenta años en la curtiembre. Se levantaba a las seis de la mañana, incluso después de jubilar y continuaba rodeado de sus amigos de la vida, que habían sido sus compañeros de trabajo.

Un conjunto de pequeñas casas, donde habitaban los trabajadores y sus familias, formaban un pequeño barrio que celebraba años nuevos con las puertas abiertas a sus vecinos, ponche y música, niños corriendo por las calles, andando en bicicleta, un club llamado “Rufino Melero”, donde se jugaba rayuela y me llevaban los fines de semana.

Recuerdos que giran en torno a la curtiembre, a ese olor apestoso que ya no existe, que era desagradable y mucho. Todavía lo recuerdo, pero no con desagrado, sino como un aroma a antaño. Ahora en ese lugar hay un supermercado, locales comerciales y edificios. Otra etapa, otras memorias para otra generación.

## *EL ALMA DE NUESTRO ÁRBOL*

*(M. B. Sott)*

Mientras siento el suave aire de primavera desde mi ventana del segundo piso, puedo ver a mi vecina barriendo como casi todos los días. Es una adulta mayor, pero con la vitalidad de una joven. Los perros de la cuadra ladran con todas sus ganas cuando un desconocido cruza por sus dominios.

La plaga de loros argentinos no deja de volar desde la palmera hacia mi árbol. ¿Mi árbol? Bueno, está frente a mi casa, por lo que supongo eso lo hace parte de mi heredada propiedad. Está seco, ya casi no tiene hojas, solo algunas ramas con pequeños avistamientos verdes que se mecen con los vientos primaverales. Ya no mucho se puede hacer por él, como un enfermo desahuciado que solo debiera vivir sus últimos años de vida en paz. No sé qué edad tendrá, supongo que lo habrán plantado cuando se construyó la población.

Sé que tendrán que venir a sacarlo, porque con las lluvias absorbe mucha agua y se pone pesado, por lo que podría caer causando un daño que él nunca querría hacer.

Hace ya 17 años que te veo resistirte a tu destino, y los avistamientos de tus verdores son cada vez menores. Yo te habría sacado hace mucho para que pudieras descansar, pero no han venido por la burocracia, por tener otras cosas más urgentes; yo qué sé. Estás en la lista de espera hace muchísimo tiempo para tu último viaje.

Hoy sentí un ruido que me hizo salir a mirarte. Es el mismo ruido que he escuchado cuando a algún hermano tuyo se lo llevan para siempre. La sierra cortando tus ramas, ya sin avistamientos de vida, poco a poco cayendo tus pedazos, que

se resisten al metal que corta tus brazos. Solo queda tu tronco, el que tendrán que arrancar con una piola gigante, porque tú eres fuerte, incluso en tu agónico ocaso. Te tiran y te sacan de raíz, lo cual es un decir, porque casi no existían, seguramente mimetizadas con la tierra.

Un trabajador corta en varios pedazos uno de tus brazos y los aparta. Creo que seguirán para algún arreglo de su casa o para insertar en ellos una planta, lo cual me alegra, porque seguirás viviendo, en otra forma, pero apreciará tus vetas viejas y ásperas. Tendrás, seguramente, otra alma verde, como la que alguna vez fuiste, sobre ti.

Ahora sé que los árboles como tú mueren de pie.

## ***EL GATO SILVESTRE***

*(M. B. Sott)*

Cuando crucé la puerta de mi hogar, hace años ya..., lo primero que vislumbré fue la escalera de madera que se imponía firme y solemne en la sala vacía de la casa.

La bajé y subí muchas veces antes de darme cuenta de que había pegada, casi imperceptible, pero arraigada a la porosa y noble superficie, una calcomanía de Silvestre y Pilolín (un gato negro con blanco y un canario amarillo), que jugaban al amor y odio en sus aventuras animadas, la que debió de haber sido el tesoro de algún niño o niña hace muchos años atrás, queriendo immortalizar su presencia y la de sus personajes favoritos a través del tiempo.

Sus peldaños gastados por el ir y venir de tantos pasos, por pies de seguro cansados de andar y trabajar, raídos y arañados por los perros de un inquilino anterior, crujen a cada pisada y te recuerdan que no estás solo, que se vienen a tu lado abrazos, juegos, tardes y noches de películas y picoteo, o las lágrimas y el consuelo de lo que no resultó como se quiso, y que no siempre el tiempo ha de resolver.

También el miedo de cuando estás solo, y debes recordar que la madera en cierta época fue un ente vivo, que también sufre las variables del clima, y lo hace como nuestros huesos, que se carcomen y se vuelven porosos, en forma silenciosa, y se quejan de la forma que pueden..., crujiendo.

Sé que tengo que reparar la escalera, pero no me gustaría borrar esa calcomanía de Silvestre y Piolín, ahora ya casi mimetizada con la superficie que la acogió, porque representa la

infancia, la vida, los juegos, las risas, los afectos de una persona que pudiera ya no estar, pero que quiso inmortalizar sus sueños y dejar su marca, su legado, cual artista incipiente, en esa columna de madera.

*LA 20*  
(*M. B. Sott*)

Caminando por calle Maruri, pasaba a dejar a mi hermano chico a la escuela, “La 18”, hoy conocida como San Francisco de Quito. Esperaba que entrara y, a unos pocos metros, ahí estaba... mi escuela, donde cursé los últimos años de la Básica, porque en esos momentos no era Liceo.

Mi escuela era de esas con número, de las que casi ya no existen, porque hoy en día la gran mayoría tiene nombre. Con el tiempo ha cambiado: sus colores, sus mejoras estructurales y, por supuesto, su número. Lo cambiaron, primero, por el nombre de la hija de una tres veces primera dama: Rosa Ester Alessandri Rodríguez, y, en la actualidad, las propias alumnas han podido escoger el nombre de Eloísa Díaz para su Liceo.

Los campanazos eran el momento esperado para salir al recreo a jugar, a comer la colación, a hacer la fila para comprar en el quiosco o para juntarnos a conversar e intercambiar las láminas del álbum de turno.

El momento del almuerzo también era esperado, a pesar de que yo no siempre almorzaba en el colegio. A esa hora podíamos conversar de forma más extendida y nos preparábamos nuestro tradicional sándwich de lechuga, que era más para llenador y lo podíamos comer de regreso a casa.

Hicimos muchas visitas a distintos lugares junto a mis compañeras y nuestro profesor jefe. Incluso alcanzamos a ir al desaparecido cine “Libertad”, el cual ahora existe como edificio, mas no como cine. Para salir, nuestros padres debían firmar nuestras libretas y dar su permiso para la actividad. Además

de la firma, también se aseguraban de que sus niñas no pasaran hambre y, en algún momento de la salida, compartíamos nuestras colaciones, las que eran de amor.

Han cambiado muchas cosas: las salidas, la tecnología, los almuerzos, los números, los nombres... Pero lo que nunca cambiará será el cariño, la nostalgia por mi escuela, por mis compañeras, por mi profesor jefe, por mi sala, porque para mí será por siempre mi escuela con número: “La 20”

## ***MI BICI, “LA CHANCHA”*** *(Mona)*

En los años sesenta, cuando yo era niña, no era común tener bicicleta. Sin embargo, en mi casa si había una, francesa aro 28, de mujer, con freno a torpedo. Había sido de mi mamá, y estuvo tirada por muchos años, hasta que se me ocurrió tener bicicleta, como a los trece. Entonces, a comienzos de los setenta, mi mamá tuvo la idea de arreglarla, y nos la regaló, a mi hermana y a mí, para la Navidad. El problema era que yo no sabía andar bien en bicicleta, pero mi amiga Patty sí; por lo tanto, salíamos juntas, ya que la bici era bien grande, entonces, una pedaleaba de pie y la otra iba en el asiento, pero, cuando agarrábamos mucho vuelo, no podíamos parar y nos dimos muchos costalazos.

Años después, a principios de los ochenta, con parrilla y pedalines, mi marido llevaba a mi hijo de tres años sentado en la parrilla a visitar a los abuelos. También era su medio de transporte al trabajo, que le quedaba cerca, y en ese tiempo ya tenía nombre: “La Chancha”.

Cuando los niños crecieron un poco, el papá iba adelante, en “La Chancha”, y ellos detrás, en sus bicis chicas. Después fue transporte escolar: los dos sentados en la parrilla y yo manejando. Eso duró un buen tiempo, hasta que llegaron dos hijos más.

A comienzos de los noventa, todavía nos llevaba a pagar cuentas, reuniones de colegio, y algunas compras, hasta que llegó la hora de modernizarse, pero, “La Chancha” todavía está ahí, de nuevo tirada por muchos años, esperando ser rescatada nuevamente.

## ***LA PISCINA DE MI BARRIO***

*(Mona)*

A mediados de noviembre, empezaba la temporada de piscina. Aunque todavía estábamos en época de clases, los fines de semana podíamos ir, hasta que, por fin, salíamos de vacaciones a fines de noviembre o principios de diciembre, fecha que esperábamos con ansias, porque desde esa fecha hasta marzo del año siguiente, teníamos piscina todos los días, excepto cuando nos resfriábamos o íbamos a veranear.

El cuento es el siguiente: la piscina era de la Junta de Vecinos (en comodato) y todos, o casi todos los vecinos, pertenecíamos a ella y los papás pagaban una cuota, lo que nos permitía ir todos los días en la mañana, de 10 A.M. a 13 P.M. ¡Y por supuesto ahí estábamos!

La piscina es, por su tamaño, esencialmente para niños de hasta 13 años más o menos; tiene en su parte baja una amplia escalera de cemento, donde se bañaban los más chicos que estaban al cuidado de sus hermanos mayores, porque ahí, el único adulto que entraba era don Samuel, vecino jubilado, creo yo, encargado de la piscina y de los, por lo menos, cincuenta niños que íbamos todos los días, cosa impensada en estos tiempos.

Todos, excepto algunos más miedosos, en esa piscina aprendimos a nadar, a tirarnos piqueros, bombas, bucear, en fin. Los mejores echaban carreras nadando por debajo del agua, y las niñas nos lucíamos haciendo gimnasia. Los grandes molestaban a los chicos y los hombres, a las mujeres. Nos tendíamos a tomar sol en el cemento alrededor de la piscina y arriba de los camarines y baños, extraño, pero están contruidos para ese

efecto, mitad bajo el nivel del suelo y la otra mitad arriba, por lo que el techo era plano y de cemento y nos servía para ese fin.

Un pitazo nos recordaba que terminaba la jornada y, toodos al agua. Y don Samuel a pelear con todos para sacarnos. Al salir de la piscina, los hombres cruzaban al negocio de don Daniel a comprar una hallulla con salsa de ají rojo de un gran frasco de vidrio. Según ellos, era para el frío. Y así cada uno para su casa, hasta el otro día.

Nunca hubo un accidente a pesar de que los más chicos tenían cinco años. Entre todos nos cuidábamos y don Samuel, con el que peleábamos hartos, nos cuidaba a todos. Eran los mejores veranos que un niño podía tener. A veces, ahora adultas y ya abuelas, con mis amigas nos preguntamos si dejaríamos a nuestros hijos o nietos ir hoy a “la piscina” en esas condiciones. Eran otros tiempos.

## **CHILE Y “LA 230”**

*(Monna)*

Hace un buen tiempo, venía de vuelta del trabajo. Estábamos en tiempo “festivo futbolero”, y digo “festivo”, porque de verdad que los chilenos parecemos vibrar cuando vienen partidos donde la selección puede alcanzar algo más. El bus era del recorrido 230, uno de esos “buses oruga”, que más bien deberían llamarse “buses juguera”, porque ¡por Dios que zangolotean a todos sin respetar edad ni sexo, dejándonos, en ocasiones, medio vestidos y harto adoloridos!

Producto de esto, venían afirmándose como podían los pasajeros de la última fila de asiento. A la altura de la Vega Central subió, como suele ocurrir, mucha gente de trabajo, mayormente extranjeros.

El chofer retomó el recorrido y proseguimos la travesía. La señora que se afirmaba la ropa en cada salto, reclama a voz en cuello, pero poco y nada se le entendía. Su hija iba al otro lado, muerta de la risa..., y su pareja en otro asiento chiflando por lo mismo.

Como la señora no hablaba claro y entre medio venían los saltos, porque la Av. La Paz en eso hartó ayuda..., no solo la hija se reía, sino que producto de todo aquello, poco a poco, empezamos a tentarnos todos. Cada hoyo era motivo de vuelta a colgarnos del fierro más cercano, de la persona más firme, de un asiento o de lo que alcanzábamos a agarrar. Fue en ese momento cuando el hombre que era la pareja de esta mujer comenzó a entonar los típicos estribillos de aliento a Chile que se cantan en el estadio. Entre los gritos, los cantos y los zamarreos del bus, el escándalo era cada vez mayor.

Pronto empezaron los aplausos y luego vinieron los gritos de aliento que eran correspondidos por otros pasajeros. Los extranjeros no se atrevían más que a mirarnos y sonreír entre ellos.

Fue entonces cuando este personaje empezó a preguntarles si ellos apoyaban a Chile y que hace cuánto tiempo estaban en el país. Y entre los saltos que ahora eran producto de los lomos de toro, dado que la mujer seguía afirmándose la ropa junto con gritos entremedio de las risas, se oyó la frase de oro que el hombre dirigió a los haitianos:

—¡Yapo! ¡Tienen que apoyar a Chile, po!... No vayan a desteñir.

Nadie pudo aguantar la risa; ni siquiera los haitianos.

***ELLA...***  
*(Nütramkafe)*

Era de piel muy blanca. Su cuerpo y también su rostro tenían pequeñas manchas difusas. Eran pecas que se repartían uniformemente sobre su piel. Tenía una estructura corporal hermosa, de pelo color cobre, alta, distinguida, de caminar elegante. Era notoriamente distinta en el barrio. No era de amigas. Era imposible que con esas características, pasara inadvertida.

Cuando alcanzó su estado de mujer, se arreglaba de forma sofisticada. Se veía inalcanzable. Y muy luego empezó a tener otras amistades que la alejaron del barrio.

En muy pocas oportunidades la volví a ver. Y por esas cosas de la vida, la encontré en una actividad de un colegio de calle Independencia. Había alcanzado su máximo esplendor. Debía frisar los 26 años. Se manejaba con mucha autoridad, había adquirido oficio. Sus gestos y movimientos eran estudiados, pero le resultaban tan naturales, que los asistentes, tanto hombres como mujeres, la observaban disimuladamente, porque desbordaba personalidad.

Era amiga de niñez de un conocido común. Por eso se incorporó al pequeño grupo en que nos encontrábamos. Yo la observaba sin demostrar mucho interés, pese que algo, en mi interior, me decía que alguna vez, tendría que escribir sobre su magnética personalidad.

Muy de a poco, me fui enterando de sus amistades. La noche siempre se las trae.

Sus salidas tenían propósitos claros y definidos. Eso lo supe muchos años después.

Pasaron dos décadas. Un día me encontré con ese amigo común e hicimos recuerdos de esa gran cantidad de personas que vivieron en este barrio. Nos acordamos de todos aquellos momentos inolvidables de nuestra juventud.

Hasta que el recuerdo de ella apareció en nuestra conversación. Mi amigo me contó que, de vez en cuando, recibía un llamado de ella. Y lentamente, con otros llamados, se fue convirtiendo en el paño de lágrimas de su desconocida vida.

Ella quedó atrapada de su belleza. Fue muy temprano en su vida, absorbida por la vida nocturna de la dictadura. Se había relacionado con los personajes más siniestros de esos años. Formó parte de una élite de personas que hacían de la noche el bálsamo para borrar lo que esos sujetos ejecutaban en el día.

Ella ya no está. Murió hace algunos años. En sus últimos días y siempre muy de madrugada, llamaba a mi amigo, angustiada y desesperada por haberse gastado la vida miserablemente con personas indeseables. Tenía de todo, pero poco le servía. Nada espiritual le quedaba. Perdón, sólo le quedaba mi amigo, quien desde niño la amó secretamente y siempre tuvo para ella un secreto espacio para escucharla y reconfortarla.

Hace unos días, me senté en un banco de la plaza, frente donde era su casa. Aunque hace muchos años que no fumo, de buenas ganas habría encendido un cigarrillo. Me imaginé, por un instante, que el tiempo no había transcurrido. En esos momentos, se detuvo un auto de color negro y vidrios muy opacos que hacían difícil saber quién estaba en su interior.

Luego, transcurridos unos dos minutos, se abrió la puerta de su casa. Y a pesar de la noche, vi nuevamente su figura, caminando delicadamente, cuidando de no tropezar con sus enormes tacones. Más elegante que nunca. Su pequeña cartera perlada, de mano, recogió el resplandor de la luminaria y pequeñísimas haces se reflejaron en la noche. Me pareció también que una suave fragancia anunciaba los aromas de primavera.

El chofer, bajó, abrió la puerta trasera y ella subió majestuosamente, como si supiese que de algún ventanal o de cualquier rincón, alguien la estaría mirando. Luego, el vehículo enfiló hacia el norte, en esas negras y lúgubres noches de la dictadura.

## *LA CALLE MÁS LINDA* (*Nütramkafe*)

Ya todo el barrio lo sabía. Era comentario desde siempre. Muchos defendían con ardor su preferencia, pero en esta oportunidad estaba todo preparado para que los vecinos zanjaran esas vanas discusiones, eligiendo la calle más hermosa del barrio.

Fueron principalmente los jóvenes quienes propusieron elegir aquella calle que los representara de mejor manera. Y esa elección se efectuaría en un par de días. Los argumentos poco importaban, ya que, como eran nuestras calles y las habíamos recorrido desde niños, sabíamos perfectamente de qué se trataba. Pero era necesario, establecer, definitivamente, cuál de esas calles era la más hermosa.

Algo que parecía tan trivial, fue cobrando cuerpo. Había mucho entusiasmo y lógicamente, las opiniones estaban muy divididas.

Por obra de magia, y por una sola vez, las calles tuvieron voz propia al asumir la obligación de señalar por qué merecían ser elegidas como la calle más linda. Esa magia también alcanzó al jurado, el cual estaba integrado por tres líneas de locomoción colectiva, pues decían contar con mucho recorrido y que, por tanto, tenían gran conocimiento de avenidas, calles y pasajes. Eran La Vivaceta-Matadero, la Ovalle-Negrete (57) y la Ñuñoa-Vivaceta. La Pila-Recoleta (45), se excusó de participar.

Primeramente, la Avenida Independencia hizo uso de la palabra y, muy seria, dijo tener los mejores atributos por ser la más antigua de todas. Habló de su amplitud y, por sobre todo, de su longitud. Que todo giraba en torno a ella: el comercio, los colegios, los cines, etc. Se notaba demasiado segura de

ganar. Luego habló Nueva de Matte. Aunque dijo poco, contaba con el gran apoyo de muchos pasajes que desde siempre la han rodeado.

Luego le tocó el turno a Avenida Francia, que de inmediato, se llevó los aplausos. Se sentía segura de sus encantos. Dio poderosas razones y nadie dudó de que, efectivamente, era una calle que podría ganar esta elección.

A continuación, correspondió a Inglaterra. Desde siempre, las envidias entre estas calles se han manifestado. Se notaba muy molesta por hablar después de Francia. Sostuvo que ella era la más hermosa, pues que sus casas tenían estilo, bien conservadas, y que estaba dispuesta a recibir visitas en cualquier momento para que corroboraran sus dichos.

Palermo y Venecia andaban juntas para todos lados. Luego de argumentar sus razones, se quedaron muy juntas, esperando el resultado, quizás conformes solo con el hecho de haber participado.

La calle Hipódromo Chile también habló poco. Se refirió, más que nada, a ser un lugar deportivo y constituir un pulmón verde. Algunos gritos en contra hubo por lo del olor de los caballos y el gentío de fin de semana.

Muy triste, Avenida Vivaceta dijo que participaba solamente por no aguar la fiesta. Habló de que era tan antigua como Independencia, tener un ancho apreciable y bermas maravillosas. Culpó al Estado por no haberse preocupado de ella, lo cual era tema sabido por todos. “¡Qué lástima!”, dijeron las personas allí reunidas, pero luego se olvidaron.

Las votaciones se llevaron a cabo en en el cine “Libertad” y en el teatro “Valencia” de la Plaza Chacabuco. Todos los vecinos colaboraron para que, finalmente, ese día se realizara el escrutinio. A las 12:00 horas se cerraron las urnas y comenzó el recuento de votos. A las 13:00 horas, se dio a conocer el resultado.

La ganadora resultó ser Avenida Independencia. Hubo una rechifla general. Y empezaron los comentarios: que el Gobierno había metido mano, que por el tema de las inversiones no le convenía que otra calle resultara ganadora. En el segundo lugar, muy contenta, quedó Av. Francia, pues el solo hecho de ganarle a Inglaterra, que resultó tercera, la ponía más feliz que haber ganado el primer lugar.

Inglaterra se mordía los labios. No le gustaba para nada el resultado y muy luego, se fue del lugar junto con Fermín Vivaceta.

A todo esto, Navarrete y López seguían con su eterno idilio. Los pasajes La Razón, Diana y otros, colaboraban en la fiesta de esa noche que cerraba el proceso que coronaba la calle más linda.

Eran las tres de la tarde, y recién apareció la Ñuñoa-Vivaceta. No pudo integrar el jurado. Ya no quedaba nadie. Se despidió y se perdió por Vivaceta, hacia el norte.

**MIS ARRAIGOS CON EL  
BARRIO PLAZA LOS NIDOS**  
(*Nütramkafe*)

Era muy niño con una apacible vida en Quillota.

Un día, mi madre decidió venir a Santiago a visitar a nuestra hermana mayor, Gloria, que vivía en el Paradero 17 de la Gran Avenida. Para mí, que era niño, fue mi primer gran viaje. Aun recuerdo esas paradas intermedias que hizo el bus, como Montenegro, Rungue, etc.

En el camino me contó que visitaríamos a su otra parentela, desconocida para mí, y que a temprana edad había originado otras líneas de parientes que era un tanto lejanas en el presente.

Y nuestra primera visita a esas tías desconocidas, comenzó en Independencia esquina Santa María. Una hermosa e imponente casa esquina.

Un fuerte olor a gas de cañería me hizo siempre recordar ese lugar. Luego, lo más maravilloso, un piano en el primer piso, a un costado del *living*. Mi tía Mary, se dio cuenta de mi interés y pulsó las teclas con una melodía que me sonó a música celestial. A instancias de ella, metí un dedo en el teclado y emití el primer sonido musical de vida. Muy linda era mi nueva tía.

Luego, mi madre me dijo que faltaba otra prima por conocer y caminamos dos cuadras hacia Río Jachal. Fue muy cariñosa con mi madre y conmigo. En esa oportunidad, pude ver a la madre de esas nuevas tías. Era una señorona de unos 70 años, exuberante en sus modos y en su hablar, con una autoridad y autosuficiencia difíciles de encontrar. Era el alma mater de toda esa familia.

Muchos años después, mi madre me contó la historia de esa familia proveniente del norte de Chile. Una vez cerradas las salitreras, tuvieron que emigrar a distintas ciudades. A mis padres, la buena o mala suerte los trajo a la Quinta Región.

En la tarde, mi madre me dijo que faltaban por conocer otras dos primas que vivían en una casona de la Av. Francia. Tenían una muy linda casa, fueron muy gentiles con mi madre y me mostraron una bodega subterránea ubicada bajo el dormitorio principal, lo cual era demasiado para mi conocimiento.

Para nuestra familia, Quillota no nos daba expectativas y decidimos mudarnos a Santiago. Deambulamos por muchos barrios, hasta que llegamos a Tristán Cornejo esquina de Camarico, una cuadra hacia el interior de Av. Einstein. Y allí nos cambió la vida.

Conocí a otros amigos y amigas. El Estadio Sta. Laura y el de Universidad Católica, muy llamativos para cualquier muchacho. Luego vino otra mudanza, Recoleta. Después, nos cambiamos a Av. Francia.

Una época maravillosa. Ya mis tías habían muerto y no quedaban familiares o el vínculo no se continuó. Inicié mis estudios superiores. Mi experiencia de vida me hizo estar muy atento a no desperdiciar esa oportunidad que tomé con mucho ahínco. Conocí a gran cantidad de jóvenes, aunque no pude disfrutar de esa maravillosa onda que aún permanece en el recuerdo de todos.

Y un día se produjo el golpe de Estado. Llegó la desintegración del tejido social. El distanciamiento y una nueva promesa llenaron los ambientes. Siempre fui escéptico y el tiempo me dio la razón.

Nuevamente, vino un cambio de domicilio, pero esta vez, fue como propietario, pues los hermanos compramos una casa para nuestros padres en Av. Recoleta, pero yo continué viniendo a visitar a mis amigos del barrio Plaza Los Nidos. Cuando tuve mi primer auto, recorrí todos los lugares donde, siendo joven, el fin de semana salía a disfrutar la amistad.

Luego de casarme, hice mi vida al sur de Santiago, pero cada vez que visito la casa de mis padres (donde hoy vive mi hermana) y el cementerio, hago el inevitable recorrido por esas recordadas calles y pasajes: Vivaceta, Av. Francia, Escanilla, Nueva de Matte, Hipódromo Chile, Plaza Chacabuco, Av. Einstein y Recoleta hasta llegar al Parque del Recuerdo.

En estos tiempos, ya empiezan a morir algunos de los conocidos del barrio. Hoy disfruto la oportunidad de reencontrarme con los que van quedando, pues siempre es grato conversar con los viejos amigos.

## ***TODOS TIENEN UNA CANCIÓN*** *(Nütramkafe)*

Tantas veces recorrí esa calle. De ida y de vuelta. Cada día para ir a clases y volver en la tarde. Y siempre la música en mi mente. Y pasar por la casa de quien más gustaba. Sin embargo, eran puros sueños, porque ella tenía su pololo desde siempre. Luego, mis afanes, me apartaban de esos devaneos.

Y siempre había una canción que se escapaba por algunas de las ventanas de esas hermosas casas. Y en ese caminar apresurado, iba distinguiendo los sonidos.

Linda calle, hermosos árboles. Siempre me gustaron las buganvillas y sus hermosos y diferentes colores. Imaginé que alguna vez tendría en mi casa, uno de esos árboles. Sueño no cumplido.

Había una canción, muy popular en esos tiempos, que aunque no era de mi agrado, le gustaba a mi madre y era pegajosa. Su autor era Chico Buarque, con un sonido y melodía de banda, que decía:

“La misma plaza, el mismo banco, las mismas flores, el mismo jardín, Todo es igual me siento triste, pues no te tengo cerquita de mí.”

Y hasta hoy, cuando la nostalgia me invade, oigo los sones de esa canción.

Pero, decididamente no era mi canción. Pienso que para cada uno de nuestros recuerdos debe de haber una canción que nos detiene en el tiempo y nos transporta a esos momentos mágicos.

No sé porque razón no alcancé a llegar a Av. Independencia. Me devolví. Pasé nuevamente por el frente de la casa de ese amor imposible. Sentí un murmullo, miré hacia atrás y dos acacias se secreteaban con una sonrisa después de pasar nuevamente por allí. Ellas, muy perceptivas, habían notado mis secretos.

Llegué a Escanilla y viré hacia el norte. Crucé la Plaza Los Nidos. Luego, sin querer, mis pasos se dirigieron hacia donde mi amigo de la música.

Sí, todos tenemos nuestra canción. Y allí podría escuchar esa otra melodía que me llegaba hasta lo más profundo de mí. La canción que me dejaste.

Él tenía en sus vinilos la historia de cada uno de nosotros.

Pero yo, uno de los pocos, sabía que mi amigo también tenía su canción más sentida.

## ***LOS MOMENTOS*** *(Pato)*

La vida es un cúmulo de momentos. En 1985, cuando yo tenía 14 años, mis padres le regalaron una guitarra a mi hermana mayor, quien, tras varios intentos infructuosos, la dejó olvidada debajo de su cama.

Las radios de entonces emitían canciones con ritmos contagiosos para una sociedad necesitada de alegría. En algunas ocasiones se escuchaban temas con contenido como “Gracias a la Vida”, “El Tiempo en las Bastillas” o “Los Momentos”. Esta última, de Eduardo Gatti, me llamó particularmente la atención e inmediatamente pensé en la guitarra para aprenderla. Sabía que mi papá, profesor normalista y violinista, podría tener algún material que me sirviera para enfrentar ese desafío y así fue, encontré un libro de Alicia Puccio, con el cual inicié mi relación con la música.

Tardé un tiempo, pero logré interpretar esa bella canción. Yo sabía que por entonces, mi amigo Edmundo (Liti), que vivía en Freirina, también incursionaba en la guitarra y consideré que había llegado el momento de probar en público. Se nos ocurrió mostrar nuestro breve repertorio a mi tía Cecilia, que vivía en la calle Diana, quien, gustosa, accedió a escucharnos atentamente. Al término, nos felicitó y nos dijo, a modo de broma: “deben cantarla en una micro”, sugerencia que nos pareció una verdadera aventura.

Envalentonados, aceptamos el desafío. Caminamos por Nueva de Matte hacia Independencia, entre nervios y ansiedad, nos habíamos puesto de acuerdo que a la primera micro que pasara, nos subiríamos. Luego de unos minutos, vimos

acercarse la máquina que sería nuestro primer escenario. Le hicimos el gesto con la guitarra, y el conductor, gentilmente, se detuvo, abrió sus puertas y nos subimos. Venían muy pocos pasajeros, el conductor había bajado el volumen de su radio y los vendedores ambulantes apenas nos veían se disculpaban y se bajaban: es un código callejero. Cantamos “Los Momentos”. Mala elección, porque con el ruido del motor, la guitarra no se escuchaba, pero, como habíamos comenzado, debíamos terminarla dignamente. La canción se nos hizo eterna, Cuando llegamos al puente Mapocho, finalizamos y agradecemos a los pasajeros. Mi amigo pasó su mano para ver si alguien nos premiaba con una moneda. Por supuesto, eso no ocurrió, me mostró su mano vacía y con tentación de risa, una mezcla de nerviosismo y de vergüenza, nos bajamos rápidamente. Decidimos que el regreso lo haríamos a pie. Esa experiencia y tantas otras que vinieron después, marcaron una amistad que duró largos años y que el destino separó abruptamente, aunque estoy seguro de que mi amigo “Liti” me sigue acompañando en todos mis momentos.

## ***TESTIGO CIEGO*** *(Patoruzo)*

Siempre estuvo allí. Antes que nadie apareciera, ya serpenteaba entre espinos y boldos.

Nunca supo del picunche que llegaba ni de soldados del inca ni de columnas de conquistadores que reponían fuerzas a su lado.

Nunca sintió el galope furioso de caballerías patriotas que lo cruzaban escapando de soldados del rey.

Y todo fue pasando y creciendo más allá de sus orillas, hasta que nuevamente el aire olía a pólvora y sus aguas se tiñeron de rojo y..., nuevamente el olvido.

Río Mapocho, testigo ciego y callado del acontecer de la ciudad; siempre estuviste y..., seguramente estarás después de que hayamos partido.

## ***EL VIEJO ESTADIO SANTA LAURA*** *(Patoruzo)*

Alguna vez, siendo niño, salí a la cancha desde el camarín norte, tomado de la mano de Valentín Beperet, amigo de mi padre, acompañando al equipo, pero nunca supe si esa tarde ganamos o perdimos.

Solo sé que es la primera imagen que guardo en mi memoria del viejo estadio “Santa Laura”.

Luego vinieron la juventud y los amigos y los incontables fines de semana viendo rodar la pelota; pero el tiempo pasa inexorable y..., para los que nos quedamos en el barrio Independencia el Santa Laura siempre fue un símbolo de nuestra identidad urbana. A pesar del modernismo, aun resuena el bullicio del fin de semana. ¡Ojalá nunca muera!

## ***JUGAR Y COBRAR*** *(Patoruzo)*

Es sábado en la tarde. Nos bajamos en plaza Chacabuco. Se siente el aroma de los “pingos”, mientras en mi cabeza da vueltas la trífecta ganadora: el 7, el 9 y el 10..., en la quinta.

Frente al cajero, el “Cojo” Gómez me apura:  
—¡Ya están en el partidor!

Mirando los boletos, le digo:  
—¡Tranquilo, es jugar y cobrar!

Cómplices del dato, nos escabullimos hacia la galería justo cuando dijeron:  
—¡Partieeeeeeeeron!

Entre gritos y apretones del público, alcanzamos a distinguir la gorra amarilla del 7, que llegó primero, las mangas azules del 9, que entró segundo y el 10, tercero..., ¡pero sin jinete!

## ***PRISIÓN DEL TIEMPO*** *(Patoruzo)*

Intenté salir por el acceso de Avenida La Paz, pero tampoco pude.

Por un momento, me quedé junto al monumento homenaje español a Pedro Aguirre Cerda.

Después deambulé entre las tumbas del Patio Histórico y luego atravesé un cortejo cerca del patio 29, pero nadie me vio.

Ya perdí la cuenta de las veces que he intentado huir –a pesar de infinidad de almas a mi lado–, pues me niego aceptar el cautiverio sin saber qué hago aquí.

No sé cuándo llegué al Cementerio General; solo sé que vi pasar la historia de la ciudad atrapado entre sus muros.

¿Qué más puede hacer un fantasma?

**VIVACETA 1226**  
(Patoruzo)

Viernes en la noche. Como siempre, en Lastra con Picarte, fumando y esperando quizás qué cosa.

En eso estábamos, cuando apareció Juan Carlos en su citroneta.

—¿Qué hacemos? —dijo uno.

Entre miradas cómplices, otro preguntó:

—¿Cómo andamos de plata?

Se contó lo que había y todos arriba.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Donde la “Tía Carlina” —respondieron a coro.

Palmeras afuera y adentro las mesas llenas y el bullicio de la música.

En eso, sobre el escenario, aparece el *Blue Ballet*, el primer espectáculo de travestis en el país.

Después del *show*, vino el baile. Asombrado, miraba cómo esos hombres vestidos de mujer sacaban a bailar a los presentes.

—¿Y yo qué hago aquí? —pensé casi con temor, pero después del cuarto combinado, yo también estaba en la pista, bailando.

Y así, entre la penumbra de las luces, los vestidos brillantes y las pelucas rubias, pasó la noche.

Lo único que recuerdo es que estaba de nuevo en la citroneta y que dos amigos se nos habían perdido por ahí.

Finalmente, de nuevo en Lastra con Picarte, cuando la luz del Sol se insinuaba tras el cerro San Cristóbal y las campanas de la iglesia de los Carmelitas..., repicaban llamando a la primera misa.

## “LA CUEVA”

(Patty)

Corrían los años ‘70, ’71. Había un grupo de jóvenes que disfrutaban al reunirse en un pequeño rincón llamado “La Cueva”, que era la puerta trasera de la casa de la familia Gálvez, ubicada en la calle Diana con Los Nidos,

Allí arreglábamos el mundo y éramos felices con muy poco. A los que les daban permiso, llegaban al lugar los días de semana, que por cierto, eran días de colegio y, por lo tanto, no era frecuente poder salir.

A los que vivíamos cerca, una escapadita con alguna excusa nos valía para agruparnos, incluso en los días fríos. El lugar era pequeño, pero nos cobijaba con antiguos y cómodos sillones. El calor lo poníamos nosotros.

Los días sábado, esperados por todos, nos reuníamos en “La Cueva” para luego dirigirnos todo el grupo a una fiesta que hacían en la Escuela 20, ubicada al final de la Plaza Fidel Muñoz. Allí, jóvenes mayores que nosotros, entre ellos mi hermano Carlos, se reunían y organizaban fiestas con música en vivo, donde podíamos escuchar a “Vitoco” y su grupo, la cual hoy sería su banda, y también música envasada que, por supuesto, estaba a cargo de Hernán, “El Pelao Hernán”, quien se caracterizaba por su larga y bien cuidada cabellera.

Estas bien concurridas fiestas que se hacían en el gimnasio de la Escuela 20, se prolongaron por mucho tiempo, y eran una gran y esperada entretenimiento para muchos, sobre todo para aquellas amigas que no podían asistir a fiestas lejos del barrio.

Finalmente, el domingo por la tarde nos reuníamos nuevamente en “La Cueva” para hacer los respectivos comentarios de la fiesta. No recuerdo en qué momento esta costumbre llegó a su fin, pero el lugar físico de reunión existe hasta hoy.

## ***VIDA DE BARRIO***

*(Patty)*

Vivir toda una vida en el mismo barrio de la población Viva-ceta, rodeada de tanto, lo que ahora añoran muchos, “la vida de barrio”, significaba en el verano, después del término del año escolar, por las mañanas, ir la piscina hasta la hora del almuerzo, bajo el cuidado de don Samuel (a quien, por supuesto, no le decíamos así cuando no nos escuchaba).

Las tardes eran para juntarse en la Plaza Fidel Muñoz, bajo la sombra de los árboles, a jugar a la familia, siendo los hijos nuestros hermanos pequeños, a quienes vestíamos con chalecos simulando pantalones, para luego disfrutar de un “picnic” conseguido en cada una de nuestras casas.

Por las noches, la calle Diana se llenaba de nosotros, niñas y niños en largos juegos de “partidos peleados”, el “compra huevos” o el “tombo”, que terminaban cuando alguno necesitaba entrar a su casa.

Otros días, si nos daban permiso, íbamos a los juegos de la plaza, para regresar saltando por el pasaje que comunica la calle Freirina con Diana.

Con el correr de los años, los juegos fueron quedando de lado y surgieron nuevas entretenciones, como las largas caminatas por la Plaza Fidel Muñoz, hasta la Plaza Central y al regresar nos reuníamos en los pastos del segundo sector de la Plaza Fidel Muñoz en amenas conversaciones. Aquí los domingo de tarde, no solo conversábamos, sino que también bailábamos en la pileta existente en el lugar, donde gracias a la generosidad de don Max, quien tenía su almacén abierto, podíamos tener electricidad.

Mi vida del barrio transcurrió sin mayores sobresaltos, hasta que los años me llevaron a estudiar fuera de la ciudad y de mi casa, para regresar solo en las vacaciones. Luego llegó el día en que, por circunstancias de la vida, las visitas a la familia y al barrio fueron más esporádicas, aunque se mantienen hasta el día de hoy, puesto que las vivencias reunidas en todos estos años, en torno al barrio, no se olvidan y están presentes en mi memoria siempre con mucho cariño y nostalgia.

## ***PREJUICIOS SUREÑOS*** *(Reinaldo)*

En 1983, terminada la Enseñanza Media, Héctor, muchacho oriundo de Cauquenes, no pasaba noche sin desvelo pensando en los 510 puntos de la P.A.A.

Toda preocupación tornó en concreto cuando una de sus hermanas, Carmen, lo apadrinó. Ella había venido, años atrás, a trabajar en Santiago, como ayudante de cocina, ventas y cuidados de una anciana, doña Berta, en calle Sevilla 1290. La dueña de casa, hija de la anciana, era doña Victoria, mujer enérgica, educada, directora de un colegio. Carmen trabajó allí ganándose el afecto de doña Victoria, quien al morir su madre la instó a estudiar. Dos años estudió Carmen y aprendió el oficio de Auxiliar de Enfermería. Terminados los estudios, trabajó y vivió con doña Victoria hasta 1989.

En 1984, Héctor llegó a vivir a la casa de unos tíos en San Miguel y estudió en el INACAP de Renca, donde viajaba a diario. Lo cotidiano no estaba ajeno de riesgos, pues un simple error de lectura de un recorrido, lo perdía. Habiendo logrado cierto manejo, pasaba regularmente a Sevilla, donde a veces nadie estaba. Entonces recorría el barrio, descubriendo lugares que le resultaban gratos. Las plazas de calle Central y Los Nidos empezaron a ser frecuentadas por él, donde se dedicaba a leer.

Un día, mientras estudiaba en plaza Central, vio pasar a un hombre tirando un magnífico caballo y le pareció estar en su natal Cauquenes. Esa escena era frecuente en la barriada. “Precioso animal”, pensó.

Una mañana, estando en la plaza Los Nidos, preguntó al hombre que guiaba al caballo:

—¿De dónde es este animal?

El hombre respondió con naturalidad:

—Es del Hipódromo.

—¿Dónde queda eso? —volvió a preguntar Héctor.

—Está aquí, cerca. Si quiere, vamos para que lo conozca —sugirió el hombre.

Entonces, ambos se fueron caminando hacia el Hipódromo. Mientras recorrían las calles el hombre fue mencionando el nombre de las calles: Huasco, Nueva de Matte, Freirina, Palermo, Venecia, Vivaceta.

Para Héctor, ese recorrido lo hizo sentir como en su pueblo: no dejaban de llamar su atención la fachada de las casas, la perspectiva de las veredas, los nombres de las calles... ¡Eso sí era distinto a su pueblo!, porque allá las calles llevan nombres de personajes ilustres: Arturo Prat, Carrera, O'Higgins...

En un momento, a Héctor le comenzó a parecer extraña tanta amabilidad de la persona que guiaba el caballo y recordó que en su pueblo le habían advertido mucho que se cuidara, porque la gente de Santiago no era muy de fiar y que cada uno vivía su mundo sin sociabilizar. “Prejuicios sureños”, pensó Héctor.

Afortunadamente, este “cuidador”, como se definió el hombre, resultó ser un personaje distinto.

## ***CAMINAR, RECORDAR, CAMINAR*** (*Sebzelada*)

Era martes. Caminaba por Vivaceta, entre Nueva de Matte y Los Nidos, justo ahí, en la intersección con Héctor Boccardo, pasando por La Chacra, para conocer otro nuevo proyecto inmobiliario frente al cine “Libertad” y la piscina.

¡Qué recuerdos, tres películas rotativas por \$30! Ir con amigos, darse un chapuzón, salir por un pan con ají; la cancha, alianzas y rivalidades entre plazas: Fidel Muñoz y La Central, todas y todos reunidos en competencia, disfrutando del barrio, tomando el espacio público, haciéndolo propio de todos y para todos.

Llegando a Hipódromo Chile, más recuerdos. Pasa y compra un *sánguche* “de potito”, que no es potito, piensa. La calle está distinta, los adoquines, las veredas, los negocios, se ve hartito extranjero, arepas, “perros calientes” y un sinfín de cosas nuevas. Caminando y comiendo, viendo cómo los grandes edificios tomaron protagonismo en la calle, llegó a Independencia, justo a la Plaza Chacabuco viendo el gran cambio y avance de su antiguo barrio: la Línea 3 del Metro, proyecto que llegó después de tantos años, pospuesto por el terremoto del ’85. Ahora esa eterna promesa ya era real. Continuando con su trayecto, caminó hacia el sur por Independencia. La calle está más ancha, hay hartas casas y los negocios se achicaron, cambiaron, hay hartito restaurant, barberías, incluso un gimnasio. Y sigue recordando. Dobla en Venecia, necesita un corte de pelo. Pasa a ver a su antiguo amigo Alberto. Conversan, ríen, recuerdan.

Se despide con un abrazo afectuoso y apretado, llevándose saludos para toda la familia. Prosiguiendo su camino, se topa con el Santuario de la Medalla Milagrosa, sigue viendo cam-

bios. Va a empezar la misa. La gente ha cambiado, ya no son las muletillas que solía escuchar: oye un “parce”, “chamo”, “marico”, incluso un idioma del que no entiende nada, pero que suena lindo, piensa.

Caminando por Huasco, se encuentra con su antigua escuela, “la 18”, hoy San Francisco de Quito. Recuerda fiestas, compañeros, el barrio...

Llega a su casa después de un día lleno de recuerdos. Le habría gustado pasar por pan donde don Max, frente a la pileta, pero es otro recuerdo más. Entrando a su casa lo reciben sus hijos, su esposa, su familia, su gente.

Puedo corroborar los cambios acontecidos en la comuna, la multiculturalidad y nuevas dinámicas de barrio. Las otras –de antaño– las conozco por los cuentos, las historias y relatos que me cuentan mis padres, mis abuelos, mi gente.

## **ALONSO LEÓN ERUDITO** *(Vincent O'Ryan)*

En vano he consultado las bibliotecas en busca de un libro de este autor. Para hacer esta nota, recurrí al libro de su hijo Luis León: “Mi Padre, Libertador del Pensamiento” editado por Aurora. En esta biografía, el lector tiene a su alcance un interesante resumen del trabajo de don Alonso.

Paso a detallar parte de sus ideas principales en relación a su vida en el barrio. En el capítulo once, nos dice que se pueden encontrar algunas presencias aquí:

La Iglesia Católica representada en la iglesia Virgen de los Rayos y en los colegios Juan Pablo I y Cervellón. Los masones, con las calles Armando Quezada Acharán, Héctor Bocardó y Navarrete y López. Europa, con las avenidas Francia e Inglaterra y las calles Palermo y Venecia. El desierto florido: Huasco y Freirina. Agrega que en la unidad vecinal número 3 se alude a la Santísima Trinidad, al Corpus Hermeticum y a ciertos tercetos de Dante.

En el capítulo catorce, se ve cierto influjo de Swedenborg, porque cree que la persona, por solitaria que sea, nunca está sola, ya que hay miles de ángeles que trabajan para su salvación o perdición. Y que conversan no solo con un lenguaje verbal. Como Blake, cree que en el amanecer hay una multitud de ángeles.

De su obra, del todo heterogénea pero no siempre original, se pueden enumerar: “Origen Griego de los Dioses Romanos”, “El Sufismo en la Cábala y el Espionaje”, “Etimologías del Nombre de Dios”, “Instrumentos de Tortura de la Inquisición”,

“Grandes Conversos: Angelus Silusius, Gustav Mahler, G. K. Chesterton, Henri Bergson”, “La Música como Arma de Guerra”, “Los Efectos Psicológicos de las Campanas”, “Estudio de las Parábolas del Vuelo de las Aves”, “Notación Musical del Canto de las Aves”, “Máquinas de Ejercicios para Equinos”, “El Misticismo Áureo en la Obra de J.S. Bach”, “La Divina Comedia como Filosofía del Deporte”, “El Bienaventurado Futuro de la Eternidad”.

## ***GRAN BARRIO*** *(Vincent O'Ryan)*

No es fácil comenzar este relato sin hacer mención al barrio. Creo que sus casas apiladas, sus calles y plazas, sus pequeños negocios de abarrotes y su gente están en mí de una forma que no puedo imaginar del todo. Aunque quisiera dar un mayor mérito a mi propio esfuerzo como lector en la imagen que tengo de mí mismo, no podré hacerlo sin perder algo valioso y secreto que sería de gran ayuda para que mi exposición sea más comprensible.

Soy escéptico cuando se habla de la realidad. Pienso que los sueños, las ideas o nuestras esperanzas dan forma o influyen, poco a poco, a ese consenso o a esa historia que llamamos realidad. Creo que mejor sería abrir el pasado como un libro que hojeamos y encontrar un diálogo, una palabra, un gesto, que nos diera la clave de lo que llamamos barrio.

Ahora, en los días de mi madurez, yo sé que está en mí. No como una carga que se lleva y que nos limita, sino como un jardín que he ayudado a sembrar y cultivar. Con sonrisas, lágrimas, caminatas, festejos, discusiones y abrazos. Tan solo siendo uno mismo.

Fue así que una vez se me reveló mi propio destino como lo soñé. Una felicidad que se encuentra después de vagar por el mundo buscando una respuesta, como quien olvida su propia identidad. Porque es en esos instantes difíciles, donde todo parece oscuro e insoluble, cuando aparece un destello inespereado, una luz que despierta, un camino que anima. Y esto significa el hogar, el cual no está aislado sino que forma un tejido con otros hogares. Que también son familias, experiencias, re-

cuerdos, vida. Todo parece mejor si vemos en la comunidad un reflejo de una verdad superior. Si hay comunicación, amistad, pasión y unión, podemos juntos crear un barrio único.

Yo, que he tenido la fortuna de viajar y de maravillarme con los países que he visitado, sé que buena parte de mis vivencias (que incluyen los partidos que jugué y que pude ver, las carreras que corrí, los juegos tan típicos de infancia, como las guerras de agua o las escondidas con disfraces), están irrevocablemente unidas a este hombre que soy.

Mi gratitud con aquellos que hicieron de este viaje íntimo por las inmediaciones del barrio un tiempo de dicha. No solo con quienes tuvieron la amabilidad de un saludo o una conversación, sino con todos.

## ***BELLEZA*** *(Vincent O'Ryan)*

No sé en qué categoría entrará este relato. Puede ser solo ficción o una crónica de sueños. Habla de quien dicen fue la mujer más hermosa vista en el barrio (que digo barrio) ¡en el planeta! Aunque puede ser solo una exageración o religión de enamorado. Puede ser madre, esposa, hermana o hija. Quizá sea una o muchas. La vida nos ofrece tantas perplejidades, que todo es posible.

Los que la conocieron dicen que su belleza y atracción, a despecho de los charlatanes del psicoanálisis, nada tenía que ver con lo sexual. Era como si una diosa, virgen o santa, quisiera revelar sus tesoros ocultos a una humanidad sin fe. No fueron pocos quienes comenzaron a profesar este nuevo culto.

Hubo uno que sintió que ese rostro estaba presente en una moneda, y fue así que lo hizo su talismán, pero con el tiempo el placer y protección se transformó en obsesión y luego, en angustia y luego, en pesadilla, porque no dejaba de pensar en la moneda.

Otro no menos enamorado, vio en su sótano todas las imágenes posibles de aquel rostro, que él creía que lo perseguía, como un cazador cazado. De frente, de perfil, de arriba, de abajo, de derecha o de izquierda. Dicen que enloqueció o que quedó ciego porque en todas partes y en todas las cosas veía la misma mirada.

Plotino entendió que todo es bello para el que tiene el alma bella y que la belleza está en la inteligencia y se identifica con el Uno. Y Keats, en un poema dice: “La belleza es verdad, la verdad belleza”.

Quiero creer que su vida fue vida, porque debe de ser molesto ser adorado como un ídolo o una estatua antigua. No debe de ser fácil sobresalir o destacar en demasía, porque puede provocar envidia y odio. La naturaleza humana no siempre muestra lo mejor de sí.

Con los años, supe que encontró el amor, fue feliz con sus hijos y envejeció con sabiduría. Supongo que fue perdiendo la dentadura y parte de su cabello. Tal vez engordó. Pero más allá de eso, sonreía con el alma porque creía en Dios y Él estaba con ella. Sus hijos la querían mucho, al igual que su esposo.

Aprendí de ella que la belleza no siempre pasa por lo vista y que hay que descubrir los dones para hacer de este mundo un lugar más rico.

## **“REGALÓN”** *(Vincent O’Ryan)*

Tal vez no sepa escribir del todo bien esta evocación, pues para hacerlo se necesitaría un trabajo colectivo. Hablo de quien fue más que una leyenda una parte íntegra del cuerpo de esta cuadra. Un verdadero guardián, como pocos. Hablo de “Regalón”.

Hace más de treinta años fui, como siempre, con mi familia al corral de mi abuelo. Se hacía de noche, pero esa vez la vuelta fue distinta, porque el perro que había sido recogido luego de ser abandonado, dicen que por los carabineros, nos acompañaba. Al principio, nos sorprendió y le ordenamos que volviera, pero como no hacía caso, lo dejamos que nos siguiera. Así fue como llegó a calle Diana nuestro “Regalón”.

De a poco, se fue ganando el cariño de todos. Al principio, intentamos dejarlo dentro de la casa, pero como lloraba mucho, lo dejamos salir, para que hiciera su vida en la calle y así pasó a ser parte de la vista cotidiana de los vecinos del barrio.

Era grande y fuerte, algo rubio o dorado. No se amilanaba ante nadie e imponía respeto con sus ladridos y colmillos. No son escasas las imágenes que vienen a mi mente cuando lo nombro. Por ejemplo, le gustaba tanto como a nosotros jugar a la pelota. También tenía vocación de bombero, porque apagaba con sus patas los fuegos artificiales que encendíamos en fiestas, aunque arrancaba con fobia del agua. Varias veces tuvimos que sacarlo de la “Perrera”, para lo cual reuníamos entre todos el dinero necesario para desparasitarlo.

A los extraños, les daba miedo pasar por esta calle y no sin razón, pues “Regalón” tuvo una larga lista de víctimas de sus mordidas. Fue haciéndose una fama de “malas pulgas”, pero eran peores quienes venían a buscarle pelea con algún perro doberman. Era triste tener que curarle las heridas a “Regalón”, aunque siempre supo defenderse.

A nosotros nos conocía y quería. Una vez, sin darme cuenta, lo pisé, y solo me mordió el calcetín. Nos salvó de varios que venían con malas intenciones. Como dije, “Regalón” era un verdadero guardián y no de una casa, sino de toda una cuadra. Ahora lo siento como esas divinidades domésticas de los egipcios. Quizá esto solamente sucedió en mi imaginación de niño, pero recuerdo que no fueron pocas las perritas que venían a verlo y él les daba un cariño o un beso mientras el sol se ocultaba.

Al final de su vida, que fue longeva, caminaba lentamente, como un anciano, aunque con una dignidad que muchos quisieran tener. “Regalón” siempre fue y será nuestro perro regalón.

## **“RETUMBADOR”** (*Vincent O’Ryan*)

Debo a una foto en la cancha, como era uso en esa época, el recuerdo permanente de aquel día: la primera vez que ganó “Retumbador” en el Hipódromo Chile. Era el caballo favorito de mi abuelo Daniel Torres. Siempre corrió con los colores de mi abuela Inés O’Ryan. (chaquetilla azul, brazaletes blancos, gorra roja).

Por circunstancias que se escapan de mi control, sé que no referiré la verdad tal cual sucedió, porque solo un observador eterno podría saber la compleja red de efectos y causas que hacen que un hecho se transforme en una memoria compartida. Con todo, trataré de ser lo más fiel posible a la historia y evitaré falsear o exagerar el evento que aun hoy me puede identificar.

Para nadie es un misterio que, a partir de la notable campaña de este noble ejemplar, mucha gente –sobre todo los ‘cabros’– me empezó a reconocer con el mismo nombre: “Retumbador”, o sus derivaciones “Retumba”, “Retu”, etc. Esto se debió, quizás, al entusiasmo con que “dateaba” a todos los interesados en la hípica.

Mi abuelo preparó a “Retumbador” desde potrillo, pero en el día de su *debut* ganador, él estaba de vacaciones en la playa. Como mi madre trabajaba, quedé al cuidado de mi tía Teresa que venía de New York. La tía que pidió con tanto énfasis e insistencia que “gateara”, que empecé a decir “miau” con movimientos acompasados, provocando la hilaridad en la familia. No estaba en mi vocabulario esa palabra.

Antes de irnos al recinto hípico, había que almorzar y ella se esmeró en cocinar unos zapallos italianos que, como no eran de mi gusto, no encontré nada mejor que dejarlos en el florero de la mesa, en un momento de descuido de ella.

Llegamos al Hipódromo con tiempo. Yo llevaba unos binoculares, una polera de vivos colores y la emoción que siempre me acompañó antes de verlo correr. En el jardín se acercaron un padre con su hijo, y me preguntaron por un dato. Sin vacilación les dije:

—Juéguenle a “Retumbador”; es de otro lote —sin saber muy bien qué significaban esas palabras. Simplemente se las había escuchado decir a mi querido tata.

El caballo ganó de punta a punta, pagó un buen dividendo y pude sacarme mi primera foto con un “pingo”. De paso le hice cariño con unas palmaditas. Nació una amistad inseparable y una pasión que aun sigo. El padre con su hijo me felicitaron y agradecieron. Después vinieron otros muchos triunfos y alegrías con “Retumbador”.



## AQUÍ ESTÁN TODOS IDENTIFICADOS

### 1. Pseudónimo: AGueny

Título: *Cuando la curiosidad no mató al gato*

Autor: Arnoldo Iván Gueny Astudillo

Edad: 65 años

Dirección: Huérfanos N° 786, oficina 521

Comuna: Santiago Centro

Correo electrónico: agueny@ijk-ingenieria.com

Teléfono: (+56 9) 997146488

### 2. Pseudónimo: Anto

Título: *Celebraciones en el barrio*

Autor: Antonia Moreno Vergara

Edad: 10 años

Dirección: Armando Quezada Acharán N° 1817

Comuna: Independencia

Correo electrónico: ipvergara@uc.cl

Teléfonos: (+56 9) 6692 3833 / (+56 9) 7743 1864

### 3. Pseudónimo: Cafiola Amazona

Título: *El Día en que nació mi padre*

Autora: Dayenú Paulina Meza Corvalán

Edad: 29 años

Dirección: El Molino N° 1755, departamento 1408

Comuna: Independencia

Correo electrónico: Dayenu.meza@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 97912214

### 4. Pseudónimo: Chavy Chase

Título: *Raíces insertadas*

Autor: Carlos Araya Sandoval

Edad: 63 años

Dirección: 5570 Cedarheaven Dr. Agoura Hills, California,  
Estados Unidos  
Teléfono: WS +1 818-324-1098 (USA) 23/28899296  
(Anita Guede)

5. Pseudónimo: Chechita  
Títulos: *Las frutillas de papá*  
*Reflexiones en cuarentena*  
Autora: Aída Elena Guede Contreras  
Edad: 70 años  
Dirección: Avda. Inglaterra N° 1455  
Comuna: Independencia  
Correo electrónico: aidaguede50@gmail.com  
Teléfono: (+56 9) 84196815

6. Pseudónimo: Chechito  
Título: *Cuatro amigos, dos bicicletas*  
Autor: Sergio Zapata Santander  
Edad: 55 años  
Dirección: Navarrete y López N° 1893  
Comuna : Independencia  
Correo electrónico: sergio.eduardo.sz@gmail.com  
Teléfono: (+56 9) 950553813

7. Pseudónimo: Chela  
Título: *Cuando ser una princesa valió la pena*  
Autora: Graciela Díaz Pijoan  
Edad: 72 años  
Dirección: Los Nidos N° 1756  
Comuna: Independencia  
Correo electrónico: gracieladiazpijoan@gmail.com  
Teléfono: (+56 9) 79818262

8. Pseudónimo: Conita

Título: *Una plaza mágica*

Autora: Constanza Cecilia Marmolejo González

Edad: 29 años

Dirección: Fidel Muñoz Rodríguez N° 1709.

Comuna: Independencia

Correo electrónico: constanzacecilia.1991@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 36368858

9. Pseudónimo: Kuku

Títulos:

- *El bazar*
- *De bazar a librería*

Autora: Maite Lorena Ponce Cifuentes

Edad: 52 años

Dirección: Enrique Mac Iver N° 549, departamento 71

Comuna: Santiago

Correo electrónico: maiteponce@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 66980088

10. Pseudónimo: El Toneja

Títulos:

- *El ciccletero*
- *El mundial del 62*
- *La casa de Lily*
- *La piscina de la tarde*

Autor: Patricio Gálvez Castro

Edad: 65 años

Dirección: Pasaje Juan Moya N° 415

Comuna: Ñuñoa

Correo electrónico: pgc.ing@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 98284260

11. Pseudónimo: Geve

Título: *Nuestro barrio (julio de 2020)*

Autor: Gastón Vergara Sepúlveda

Edad: 63 años

Dirección: Armando Quezada Acharán N°1817

Comuna: Independencia

Correo electrónico: gvergara23@hotmail.com

Teléfono: (+56 9) 9133 4121

12. Pseudónimo: Heaven's soul

Títulos:

- *Cambiando de escuela*
- *La mejor fiesta*
- *Vamos a la plaza*

Autora: Grischa Cielo Contreras Calderón

Edad: 42 años

Dirección: Parque El Golf Norte N° 1440

Comuna: Maipú

Correo electrónico: grischaheaven@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 89037253

13. Pseudónimo: Hugazo61

Títulos:

- *Aun estoy aquí*
- *Fin de un sueño*
- *Los almacenes*
- *Los Gigantes*

Autor: Hugo Délano Cubillos

Edad: 59 años

Dirección: Armando Quezada Acharán N° 1889

Comuna: Independencia

Correo electrónico: hugodelano@yahoo.es

Teléfono: (+56 9) 93460007

14. Pseudónimo: Isi

Título: *Nuestro barrio, un lugar de familia*

Autora: Isidora Vergara Godoy

Edad: 27 años

Dirección: Merced N° 336

Comuna: Santiago Centro

Correo electrónico: ipvergara@uc.cl

Teléfono: (+56 9) 7743 1864

15. Pseudónimo: Kamil Vele

Títulos:

- *Elogio al barrio de mi vida*
- *La carreta roja de mi tata*
- *Violeta y Enrique*
- *El legado de un barrio, escenario olvidado*

Autora: Camila Ignacia Villarroel Robles

Edad: 27 años

Dirección: Nueva de Matte N° 1774

Comuna Independencia

Correo electrónico: villarroelcamila@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 75704481

16. Pseudónimo: La cachitos

Título: *Historia de una niña de barrio*

Autora: Blanca Medina Gómez

Edad: 62 años

Dirección: Freirina N° 1858

Comuna: Independencia

Correo electrónico: blancamedinasandra@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 45439898

17. Pseudónimo: Laury's

Títulos:

- *Explosión*
- *Historias de La central*
- *Pandemia*
- *Por una cabeza*
- *Si te infectas, mueres*

Autora: Laura Eliana Castro Sapiains

Edad: 58 años

Dirección: Antonio J. Vial N° 1561

Comuna: Independencia

Correo electrónico: Lcastro0492@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 73321426

18. Pseudónimo: Livio

Títulos:

- *Anecdotario 1*
- *Anecdotario 2*
- *Anecdotario 3*
- *Anecdotario 4*
- *Anecdotario 5*

Autor: Héctor López

Edad: 61 años

Dirección: El Cerrito, San Francisco, California,

Estados Unidos

Comuna: El Cerrito

Correo electrónico: hector\_lopez@ci.richmond.ca.us

Teléfono: +1(510)439-8313

19. Pseudónimo: Luna

Título: *La Curtiembre*

Autora Valesca Andrea Gutiérrez Hidalgo

Edad: 35 años

Dirección: El Espino N° 1830  
Comuna: Independencia  
Correo electrónico: andreaspirit@gmail.com  
Teléfono: (+56 9) 949925307

20. Seudónimo: M. B. Sott

Títulos:

- *El alma de nuestro árbol*
- *El gato Silvestre*
- *La 20*

Autora: Margarita Leonor Bravo Soto  
Edad: 56 años  
Dirección: Armando Quezada Acharán 1885  
Comuna: Independencia  
Correo electrónico: maggie.bs.08@hotmail.com  
Teléfono: (+56 9) 86968577

21. Pseudónimo: Mona

Títulos:

- *Mi bici, “La Chancha”*
- *La piscina de mi barrio*

Autora: Marcela Gálvez Castro  
Edad: 63 años  
Dirección: Diana Valderrama N° 1837  
Comuna: Independencia  
Correo electrónico: marcelaanto@gmail.com  
Teléfonos: (+56 9) 224550513/ (+56 9) 9 85014314

22. Pseudónimo : Monna

Título: Chile y la “230”  
Autora: Mónica del Pilar Romero Pastene  
Edad: 48 años  
Dirección: Av. Francia 1157, dpto. 1202 A.  
Comuna: Independencia

Correo electrónico : monna.romero@gmail.com  
Teléfono: : (+56 9) 88058447

23. Pseudónimo: Nano

Titulos:

- *Los malones y el larga duración*
- *De la Plaza de Armas a Los Nidos*
- *De la terraza al pasaje de la señora Luchita*
- *El día en que perdimos la inocencia*
- *Los bailes en la pileta*
- *Los cumpleaños de la Jeannette Davis*

Autor: Adrián Torres Canales

Edad: 65 años

Dirección: Diana Valderrama N° 1837

Comuna: Independencia

Correo electrónico: adriantorr@gmail.com

Teléfonos: (+56 9) 224550513/ (+56 9) 92490598

24. Pseudónimo: Nütramkafe

Titulos:

- *Ella*
- *La calle más linda*
- *Mis arraigos con el barrio Plaza Los Nidos*
- *Todos tienen una canción*

Autor: Juan Carlos Huilipan

Edad: 70 años

Dirección: El Arpa N° 251

Comuna: Buin

Correo electrónico: Kalfualwe@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 96826730

25. Pseudónimo: Pato

Título: *Los Momentos*

Autor: Patricio Carlos Vaccaro Díaz  
Edad: 49 años  
Dirección: Los Nidos N° 1756  
Comuna: Independencia  
Email: patovaccaro@gmail.com  
Teléfono: (+56 9) 947043526

26. Pseudónimo: Patoruzo

Títulos:

- *Testigo ciego*
- *El viejo Estadio Santa Laura*
- *Jugar y cobrar*
- *Prisión del tiempo*
- *Vivaceta 1226*

Autor: Ernesto Fajardo Faúndez

Edad: 67 años

Dirección: Maruri N° 239

Comuna: Independencia

Correo electrónico: milongueroazul@yahoo.com

Teléfono: (+56 9) 91757149

27. Seudónimo: Patty

Títulos:

- *La Cueva*
- *Vida de barrio*

Autora: Patricia Gabriela López Mac-Farlane

Edad: 64 años

Dirección: Barros Arana N° 1272

Comuna: Iquique

Correo electrónico: lopezdebuah@hotmail.com

Teléfono: (+56 9) 98644900

28. Pseudónimo: Reinaldo

Título: *Prejuicios sureños*

Autor: José Francisco Contreras Baeza

Edad: 54 años

Dirección: Nueva de Matte N° 1239

Comuna: Independencia

Coiro electrónico: jfcontrerasb@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 98724103

29. Pseudónimo: Sebzelada

Título: *Caminar, recordar, caminar*

Autor Sebastián Cristóbal Zelada Brito

Edad: 28 años

Dirección: Freirina N° 1815

Comuna: Independencia

Correo electrónico: sczb.zelada@gmail.com

Teléfono: (+56 9) 807 5371

30. Pseudónimo: Vincent O’Ryan

Titulos:

- *Alonso León Erudito*
- *Gran Barrio*
- *Belleza*
- “*Regalón*”
- “*Retumbador*”

Autor: Felipe Andrés Palacios Torres

Edad: 38 años

Dirección: Diana Valderrama N° 1823

Comuna: Independencia

Correo electrónico: f.palaciostorres@gmail.com

Teléfonos: (+56 9) 227775919/ (+56 9) 98207597





## CONCURSO LITERARIO RELATOS BARRIALES 2020

*“En resguardo y valorización de  
la memoria de nuestro barrio”*

Auspisadores



ORGANIZACIÓN DE VECINOS/AS ZONA TÍPICA  
POBLACIÓN VIVACETA NORTE & SUR

COMUNA DE INDEPENDENCIA  
STGO, 2021